



Lola Cooper

★ *Cómo disparar*  
*a tu*  
*corazón*



SERIE ESTRELLAS DEL BASKET #2



# Contenido

[Título](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epilogo](#)

[Otras novelas de Lola Cooper](#)

[Sobre Lola Cooper](#)

# Cómo disparar a tu corazón

Lola Cooper

Título original: Cómo disparar a tu corazón

© 2018 Lola Cooper.

© Cubierta: Collage realizado con imagen de Bigstockphoto

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright.

Esto es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos que aparecen son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

## CAPÍTULO 1

Al salir del coche, Scott Truman se abrochó el chaleco de plumas que llevaba bajo el abrigo oscuro y cruzó la calle con paso firme en dirección al edificio de los juzgados de Ottawa. Esa mañana soplaba un viento muy frío. Divisó a su abogado, Roy Shelby, junto a la puerta, esperándolo inquieto. Creyó percibir en su rostro una mueca de alivio al verlo llegar.

—Siento haberte avisado con tan poco tiempo, Scott. Nos han llamado del juzgado a primera hora para citarnos esta misma mañana.

—Espero que sea rápido —respondió con sequedad. La llamada de su abogado le había trastocado su apretada agenda, pero el asunto de la denuncia por contratación de trabajadores ilegales le preocupaba—. La presentación de los Owls para la nueva temporada de liga será en apenas hora y media, y tengo que estar allí. Hemos montado un gran espectáculo que no puede empezar sin mí. ¡Este año vamos también a por el Trofeo de la Commonwealth!

—Algún día me tendrás que explicar cómo convenciste a jugadores de tan alto nivel para que se vinieran a jugar a los Owls de Ottawa. Hace cuatro años nadie sabía ni que existía el equipo de baloncesto de la ciudad y fíjate ahora... los Owls juegan en la NBA. ¡Y que tiemblen los Toronto Raptors!

Scott sonrió satisfecho. No solo eso: había conseguido triplicar el valor del equipo en apenas cuatro años y ahora se codeaba con los presidentes de los clubes de la NBA, la gran liga norteamericana, así como con los grandes hombres de negocios de la liga canadiense. Había hecho una inversión redonda.

—¿Alguna novedad sobre los González? —preguntó. En su cabeza se sucedían sin tregua los asuntos pendientes de resolver.

—Ninguna. El departamento de inmigración todavía no tiene fecha para su repatriación a Colombia —respondió Shelby, que entró con él en uno de los compartimentos de la puerta giratoria—. Y tampoco sé el motivo de esta citación. Ahora mismo, nuestro objetivo es convencer al juez de que la empresa actuó legalmente al contratar a esas personas porque no sabías que sus permisos de trabajo eran falsos.

Lo cual era cierto. Sin embargo, alguien debería haberlo sabido. Alguien tenía la responsabilidad de comprobar los datos y ese alguien era el jefe de recursos humanos. No le tembló el pulso ni un instante cuando lo despidió el mismo día que le llegó la citación y se enteró de lo ocurrido con el matrimonio González.

Scott avanzó en silencio por el amplio corredor de suelos de mármol. Antes de llegar frente a la puerta que daba acceso a la sala donde tendría lugar su declaración ante el juez, tres personas se levantaron a la vez de una bancada y se dirigieron hacia ellos.

—¿Qué demonios ocurre? —murmuró con extrañeza su abogado al verlos —: Atento, Scott. El de la derecha es el fiscal Moll, asignado a nuestro caso. Y los otros dos... no tengo ni idea.

A Scott le bastó un vistazo para darse cuenta de que el tipo más joven era policía. Era tan evidente como si llevara la sirena colocada encima de la cabeza. Y diría que casi recién licenciado. En cuanto a la mujer...

Vaya, vaya.

Rubia, curvas vertiginosas y piernas interminables enfundadas en unos pantalones de traje impecables. No estaba mal. Nada mal.

—Abogado. Señor Truman —El fiscal, un tipo de cejas oscuras y nariz respingona, les estrechó la mano con desgana—: Soy Tony Moll, fiscal del caso. Estos son el agente Petersen y la sargento Bouchard, de la brigada antidrogas y crimen organizado —los policías les estrecharon la mano con poca efusividad—, y desean hablar con ustedes. Por favor, acompáñennos a una sala que hemos reservado.

Scott interrogó a su abogado con la mirada, pero este no supo qué responder. No sabía de qué iba todo eso, así que hizo un gesto de asentimiento y ambos los acompañaron sin rechistar. La pequeña sala de reuniones tenía una mesa ovalada de caoba alrededor de la cual tomaron asiento los cinco, en dos bandos enfrentados.

—Somos todo oídos —dijo Shelby.

El fiscal abrió una gruesa carpeta sobre la mesa con menos entusiasmo

del que debería, dadas las circunstancias. Había invertido mucho tiempo en armar ese caso contra el todopoderoso presidente de los Ottawa Owls, Scott Truman, con la vista puesta en conseguir un poco de relevancia mediática y ganarse algunos puntos con el fiscal jefe. Y todo, para que llegaran los de la policía montada y le obligaran a dejar irse «de rositas» a ese capullo. Órdenes de arriba, le habían dicho. ¿A eso le llamaban justicia?

—El director del departamento antidrogas y crimen organizado de la policía ha solicitado la colaboración de esta fiscalía para resolver un caso en el que están trabajando. Por supuesto, nosotros estamos encantados de hacerlo siempre que afecte a la seguridad nacional... —Moll hizo una breve pausa. Su puño se cerró con fuerza en torno al bolígrafo y lo golpeó rápidamente contra la superficie de la mesa. La mujer policía carraspeó levemente. El fiscal ni la miró, apretó la mandíbula y prosiguió su explicación—: Al parecer, este es un caso de «seguridad nacional», así que le vamos a proponer un trato, Truman: si colabora en la investigación del departamento de policía, la fiscalía retirará la demanda por contratación ilegal de trabajadores.

Scott Truman intercambió con su abogado una fugaz mirada de complicidad, pero su expresión permaneció inalterable, como si estuviera en medio de una interesante partida de póker.

—Mi cliente y yo tendremos que escuchar de qué se trata, antes de decidir nada —dijo Shelby.

El fiscal hizo un gesto exagerado con el que indicaba que cedía la palabra a los policías. El hombre se inclinó hacia adelante e hizo ademán de comenzar, pero fue la mujer quien habló.

Scott se relajó y la estudió con detenimiento, como solía hacer con cualquier persona a la que acababa de conocer, especialmente si era rubia y del sexo contrario. Ojos muy azules, nariz fina y elegante, melena corta, que delimitaba la forma angulosa de su cara. No le encajaba en la imagen que tenía él de una policía. Demasiado... femenina. Lo único que no desentonaba era la voz grave con la que comenzó a hablar con aplomo, como si estuviera muy segura de sí misma.

—El departamento de drogas y crimen organizado lleva dos años investigando una red de apuestas ilegales y amaño de partidos profesionales que afecta a la liga de baloncesto, señor Truman. Tenemos evidencias de que están involucrados una docena de jugadores, tres árbitros y... el presidente de un equipo importante de baloncesto.

Eso sí que le había pillado por sorpresa. Había oído hablar de las

apuestas ilegales en la liga de *hockey*, sobre todo en las categorías inferiores, pero no en la suya, en la de baloncesto.

—¿Me está acusando de algo, sargento?

Ella clavó los ojos azules en los suyos y esbozó una leve sonrisa condescendiente.

De acuerdo: aun siendo poli, era muy atractiva.

—¿Se da usted por aludido, señor Truman?

—No, pero ¿qué más da? Digamos que tengo cierta predisposición a recibir flechas envenenadas y zancadillas de mis rivales en los negocios.

—Entiendo. Eso de ser un hombre de negocios poderoso y millonario debe de ser muy duro.

—¿Quiere apostarse algo?

Ella disimuló una sonrisa, pero no le contestó. En lugar de eso dijo:

—No hace falta. Lo hemos investigado a fondo y... puede respirar tranquilo: en este caso concreto, usted está libre de toda sospecha, señor Truman. Por eso estamos aquí. En realidad, sospechamos de Daniel Orson, el presidente del equipo de los Ontario Stars. Creemos que ha recibido sobornos de la mafia rusa para amañar, al menos, dos partidos de la liga. Uno de ellos lo jugó contra los Owls B. Los Stars se dejaron ganar.

Truman apretó la mandíbula. No le gustaba Daniel Orson. Nunca le había gustado. Era un bocazas oportunista, pero jamás se habría imaginado que participaría en algo así. Y menos con la peligrosa mafia rusa. ¿Quién sería capaz de pedirle a sus jugadores que se dejaran ganar en una competición? ¿Había mayor humillación que esa? Él nunca podría hacerlo, se le caería la cara de vergüenza. Sus jugadores, tanto los del equipo principal como los del equipo B que jugaban la liga canadiense, le perderían el respeto.

Odiaba a la gente que hacía trampas en los negocios, en el juego, en la vida. Eran una vergüenza para todas las personas que salían adelante con esfuerzo, con sacrificios de todo tipo, tanto las que triunfaban como las que no. Esos que elegían el camino fácil y corto de las trampas para aventajar a los demás, no le merecían ningún respeto. Al contrario, los despreciaba profundamente. Le daban asco.

—¿Están seguros?

Los dos policías asintieron a la vez.

—Orson todavía es cauteloso, está empezando. Pero una vez que caen en las redes de la mafia rusa, es difícil salir.

—¿Tiene algo que ver con Yuri Proshiev?



Ella lo taladró con una mirada gélida. La había pillado desprevenida. A los dos, pero el joven agente lo disimulaba peor.

—¿Lo conoce? —indagó el novato.

—No, exactamente. Quiso quitarme a los Owls cuando estaba a punto de cerrar la compra, pero no se salió con la suya. Desde entonces estoy atento a sus movimientos. Por prevención. Es de esos tipos a los que no conviene tener de enemigo.

—Bien —asintió ella, resuelta—. Tenemos pruebas de que Proshiev es el jefe de la banda, el que lo dirige todo desde el despacho de su empresa de importación y exportación de coches de lujo, una simple tapadera. Queremos que usted nos ayude a cazar a Orson. Él será quien nos conduzca a Proshiev.

—Mi cliente no hará nada mientras no firmemos un acuerdo en el que le garanticen protección total —intervino Shelby, pero a Scott le importaba poco la protección.

—¿Qué tendría que hacer?

—Necesitamos que se aproxime a Orson, que entre en su círculo. Le pondríamos un micrófono y usted deberá sonsacarle información y mostrarse interesado en entrar en la red de apuestas —explicó ella—. Si logra que confiese que él ha participado en el amaño de partidos y en las apuestas ilegales, lo tendremos.

—O sea que Orson es un alfil que sacrificarán para hacer jaque mate.

—¿También sabe usted jugar al ajedrez? —La sargento Bouchard le dedicó una mirada sarcástica.

—Sé jugar a muchas cosas, sargento, pero solo juego a aquellas en las que tengo buenas opciones de ganar. Y el ajedrez no es una de ellas... todavía.

—Lástima. Es uno de mis juegos preferidos.

—Apuesto a que sí —replicó él sin dejar de mirarla. Tenía pinta de ser una mujer que medía muy bien los pasos que daba para no perder el control de la situación. Nada reprochable en un representante de la ley, por otra parte—. De acuerdo, colaboraré con ustedes.

Su abogado carraspeó antes de girarse hacia el fiscal quien, recostado en su asiento, observaba con gesto aburrido el intercambio de información.

—Queremos el compromiso por escrito de la fiscalía de que retirará todos los cargos contra mi cliente por contratación ilegal de trabajadores y garantizarán la confidencialidad de esta colaboración.

—De acuerdo.

—Y... queremos que detengan la deportación de los González a su país.

Su anterior jefe los estafó al darles papeles falsos. Ellos no tienen la culpa.

—No estamos en condiciones de poder ofrecerle eso, señor Truman — dijo el fiscal, que se despertó de pronto de su letargo.

—Está bien. —Scott se incorporó e hizo ademán de coger su abrigo, dispuesto a marcharse—. Entonces, búsquense a otro que le haga el trabajo sucio a la «seguridad nacional». Los González y yo vamos en el mismo paquete.

La sargento Bouchard se levantó de golpe de la silla. Los ojos le echaban chispas.

—¡No puede exigir eso!

—Por supuesto que puedo. Esto es una negociación. Ustedes quieren algo de mí y yo quiero algo de ustedes. Yo considero que mi participación en su investigación vale lo que les he pedido. Pero si ustedes no están de acuerdo... bien. No habrá trato y todos tan contentos.

O casi todos. Los policías estarían menos contentos que el fiscal quien, de pronto, parecía más animado. Intercambiaron miradas silenciosas entre ellos.

—¿Nos disculpan unos minutos, caballeros? —preguntó Moll, mientras les señalaba la puerta—. Creo que tenemos que hablar con nuestros respectivos superiores antes de tomar una decisión.

Scott y su abogado abandonaron la sala y cerraron la puerta tras de sí.

—¿Estás loco? ¡Ya tenías lo que queríamos!

—Lo que yo quiero es lo que he pedido.

—Si no aceptan, habremos perdido una estupenda oportunidad de salir indemnes de un caso complicado.

—Aceptarán. Y si no, siempre nos queda la opción de volver al punto de partida. A ellos les interesa mi colaboración: tienen más que perder que yo.

La puerta se abrió de golpe y apareció ante ellos el rostro rojo y tenso del fiscal, que se echó a un lado para franquearles el paso.

—Señores, ya está hablado, pueden pasar.

Los dos policías les esperaban de pie, junto a la mesa. La sargento le extendió la mano, lo miró fijamente a los ojos.

—Señor Truman, aceptamos sus condiciones. Tenemos un trato.

≡ ≡ ≡

Había sido un día largo e intenso. Primero el encuentro con el fiscal y la

policía, luego la presentación del equipo en el club con la presencia de treinta y cinco medios acreditados, entrevistas, declaraciones, fotografías. Apenas había tenido tiempo de saborear la comida antes de coger su avión privado para acudir a una reunión en Chicago con el presidente de una importante compañía de transportes con la que quería firmar un acuerdo. Le costó una larga negociación conseguir lo que quería, y cuando su avión por fin aterrizó de vuelta en Ottawa, a eso de las ocho de la noche, todavía tenía en el buzón más de quince correos importantes sin leer. Y una llamada perdida de su asistente personal que, en ese instante, volvía a llamarlo.

—Dígame, Silvia.

—Señor Truman, disculpe que lo moleste a estas horas. Le ha llamado el rector de la universidad para cambiar la hora de su reunión de mañana a las diez. Le he dicho que en su agenda solo había un hueco libre a las dieciséis y hemos cerrado la hora.

—De acuerdo.

—Mañana, videoconferencia con Londres a las siete am. Le he dejado la carpeta con los documentos que me pidió sobre la mesa, y le recuerdo que esta noche tiene una cita con la señorita... Morgan. Tienen mesa reservada en el Atelier a las nueve.

Suspiró, cansado. Por supuesto, lo había olvidado completamente. Sally Morgan. Una comercial arrebatadora de Palston Hotels con la que llevaba saliendo algún tiempo, cuando conseguía cuadrar su ajetreada agenda, por supuesto. Era guapa, encantadora y discreta. Y nunca le pedía más de lo que estaba dispuesto a dar, que no era mucho. Los últimos veinte años su única prioridad había sido prosperar y levantar un pequeño imperio a partir de la miserable indemnización que recibieron su madre y él tras el accidente que le costó la vida a su padre.

—Por favor, llámela en mi nombre y dígame que me ha surgido un imprevisto y me será imposible acudir.

—Es una cena de celebración por su cumpleaños, señor Truman.

Scott cerró los ojos con gesto cansado y se pinzó la parte superior de la nariz. Lo último que le apetecía era una cena pseudoromántica. Ni siquiera la perspectiva de una noche de sexo le hizo replanteárselo.

—Envíele un ramo de rosas con el detalle que haya comprado para ella. Con eso bastará.

—¿Quién ha dicho que yo le he comprado un regalo? —saltó ella con tono ofendido.

—Silvia, lleva diez años trabajando para mí. Nos conocemos. Cuando tengo más de tres citas con una mujer, sé que usted se encarga de hacerle llegar en mi nombre todos esos detalles románticos que tanto le gustan al sector femenino de la población.

Oyó un jadeo horrorizado al otro lado del teléfono.

—¡Solo velo por sus intereses! Y déjeme decirle, señor Truman, que los cuarenta es una edad más que apropiada para sentar la cabeza.

Scott esbozó una sonrisa divertida. Sentía un gran afecto por su eficiente y discreta asistente personal, consciente de que se preocupaba por su bienestar tanto o más que su propia madre. Ella era la que se encargaba de supervisar cada aspecto de su vida cotidiana: no solo su agenda de trabajo; también vuelos privados, menús de comidas, la intendencia de su casa, o incluso, sus *affaires*. A menudo eran detalles invisibles, casi inapreciables que, sin embargo, le hacían la vida más fácil. A Silvia no se le escapaba nada o... casi nada.

—Se lo agradezco, Silvia, pero mi cabeza está muy bien asentada sobre mis hombros.

—Ya sabe a lo que me refiero.

Lo sabía. A su madre y a ella se les había metido entre ceja y ceja que debía casarse y crear una familia. Y, sinceramente, no era una de sus prioridades en ese momento.

—Lo tendré en cuenta. Ahora, haga eso por mí. Estoy seguro de que sabrá cómo contentar a la señorita Morgan.

Al otro lado del teléfono se hizo el silencio. Luego, su siempre diligente asistente personal, respondió:

—Claro, señor Truman.

—Muchas gracias, Silvia. Hasta mañana.

Mujeres.

## CAPÍTULO 2

—¿Crees que colaborará de verdad? ¿Aceptar no habrá sido solo una artimaña para librarse de la multa? —preguntó el jefe de Pippa, el intendente Thompson, con aire pensativo.

No era la primera vez que se les truncaba el trato en el último momento. Pippa le dio al intendente su opinión sincera.

—Esperemos que sea un tipo legal, aunque nunca se sabe. Scott Truman es de esos hombres que guarda los sentimientos en una caja fuerte. Medita primero y habla después sin dejar que se le forme una arruga en la cara.

—Un tipo duro, ¿eh?

—Pero por otro lado, parece de los que toman las decisiones convencido de lo que hace. Eso nos beneficia.

—Solo si tu intuición es cierta.

Pippa tenía una gran experiencia en tipos duros, no en vano había crecido en Edmonton; se había movido por las calles de la zona más dura al norte de la ciudad de Alberta desde que era una niña, y no le costó mucho adaptarse cuando regresó después convertida en agente de la ley. Recordó también los años pasados en la Unidad de Drogas y Crimen Organizado en Vancouver. En efecto, tenía una gran experiencia en tipos duros.

—Lo será. Si nosotros cumplimos, él cumplirá —le aseguró a siempre cauto intendente—. Y los de inmigración ya han parado la deportación del matrimonio González, por «órdenes de arriba».

Petersen golpeó el cristal del despacho y entró sin esperar.

—¿Le has comunicado a Petersen el día del operativo?

—¿Ya se ha fijado? —los interrumpió el recién llegado y añadió algo que

sonó como un pequeño reproche a su compañera—: No me has informado de nada.

—Todavía no. Es lo que estamos hablando justo ahora —se defendió ella—. Hoy lo hablaré con su abogado.

—¿Es de los que no da un paso sin cobertura legal?

—Es de los que nos pueden crear problemas y dejarnos sin operación —replicó ella.

—¡No me jodas, Bouchard! —exclamó Petersen—. Ahora dime que en Edmonton pedías permiso para hacer tu trabajo.

—Cállate, Petersen —le cortó Thompson—. ¿Quieres o no quieres atrapar a Proshiev?

Petersen asintió. Él tenía tantas ganas como el que más de meter entre rejas al mafioso ruso. Aparte de librar a los ciudadanos de Ottawa de un malnacido, soñaba también con sumar una medalla a su expediente.

—Dale a Truman todos los detalles de la operación y explícale lo del micrófono —ordenó el intendente—. No quiero que se eche atrás y se nos venga abajo el operativo.

—No se preocupe, le mantendremos informado en todo momento.

El teléfono sonó y el jefe lo descolgó, después de despedirlos con un gesto.

≡ ≡ ≡

Pippa recorrió a grandes zancadas el pasillo del departamento, seguida de Petersen. La oficina era un enjambre de mesas sin nada que las ocultara a las miradas ajenas. Se fijó en que Stevens, Muller y Callahan no le quitaban ojo de encima. Callahan se rio entre dientes, y algo le dijo a Pippa que estaba a punto de empezar el espectáculo. Lo malo era que ella, sin quererlo, iba a ser parte de la diversión.

Apenas le faltaban un par de metros para llegar al servicio de mujeres y quitárselo de encima, cuando Petersen la detuvo, cogiéndola del brazo.

—¡Eh! ¡Bouchard! ¿Qué ha sucedido ahí dentro? —dijo alzando la voz más de lo necesario, como si quisiera que toda la oficina se enterara—. ¿Por qué has empezado la reunión con el jefe sin mí? ¿Acaso crees que así vas a conseguir otro ascenso?

Pippa se volvió, furiosa.

—¿Qué estupideces dices, Petersen? ¿Quieres hacer el favor de cerrar

esa boca? —masculló entre dientes.

—¿Quieres llevarte tú sola todas las medallas? —insistió.

Pippa señaló la puerta de las salas de interrogatorios al final del pasillo.

—Espérame en la sala tres y te informaré de todo. Ahora debo ir al aseo.

Una vez dentro del baño, comprobó que estaba sola. Se agarró al lavabo con fuerza, miró los ojos azules que le devolvía su imagen en el espejo y luego dejó caer la cabeza hacia delante hasta apoyarla en la superficie lisa. Estaba harta de luchar contra el ego de sus colegas. Así la encontró Mirka, la otra agente femenina de la brigada, una mujerona de aspecto fiero, con la que no solía compartir demasiadas confidencias.

—No le hagas caso. Reaccionan como niños cuando se sienten amenazados en su propio terreno.

—Yo no soy ninguna amenaza para nadie en este departamento —replicó Pippa.

Mirka torció la boca de labios finos en un gesto que pretendía ser una sonrisa.

—Eres guapa y sexi, pero también, eres inteligente y hábil. Y el jefe lo sabe. Eso es suficiente amenaza para ellos. Quizá yo no sea tan lista, pero sé cómo sacar provecho de mis propios recursos.

Pippa la observó con atención. Esa mujer era un misterio para ella. Nunca sabía lo que pensaba. Cuando se incorporó al departamento antidroga, Mirka ya formaba parte del grupo, aunque apenas hablaba. Era minuciosa en su trabajo y pronto se dio cuenta de que le gustaba redactar los informes, tanto los suyos como los de otros, sentirse imprescindible. Cuando llegaron los ascensos, Pippa consiguió el suyo, pero a Mirka se lo denegaron. Ni protestó ni se quejó. Al cabo de cinco años en la brigada, seguía siendo cabo y el posible ascenso parecía cada vez más lejano.

—Quien me quiera ver como una amenaza, allá él —dijo Pippa. Estuvo a punto de meter la cabeza debajo del agua, pero se limitó a mojarse la cara para tranquilizarse un poco antes de hablar con Petersen. Cuando alzó la vista, vio que Mirka la miraba fijamente a través del espejo—. Yo trabajo en equipo para lo bueno y para lo malo, siempre lo he dicho.

Si algo había aprendido en todos aquellos años de profesión era que perder los nervios, y sobre todo, con un compañero, solo traía problemas y más problemas. Si hubiera tenido una constitución menos sexi, los tipos inseguros como Petersen no se sentirían agredidos cada vez que ella daba un paso por delante. Podría vestirse con camisetas como sacos y botas de militar;

pero no lo hacía porque no le daba la gana.

Se remeti6 en el pantal6n la sencilla camisa blanca bajo la atenta mirada de Mirka, inspir6 hondo y esboz6 una sonrisa amable a su compa1era.

—Nos vemos luego.

Petersen se dio la vuelta cuando ella abri6 la puerta. Fue la primera en hablar.

—Primero, el capit6n nos ha llamado a los dos y t6 no estabas en tu mesa. Segundo, he intentado que esperara a que llegaras, pero ha insistido en comenzar... Qu6 querías que hiciera, que cogiera tu apretada agenda a ver cu6ndo tenías un hueco libre? —Se acerc6 m6s a Petersen, que retrocedi6 un paso ante su cara de enojo—. Tercero, ni se te ocurra volver a insinuar delante de todos los compa1eros que quiero li6rtela. Te lo advierto, otro comentario en ese sentido y te ganas una enemiga. Cuarto, hay que llamar al abogado de Truman y contarle con detalle qu6 es lo que esperamos de su cliente. Te cedo los honores.

Petersen baj6 la vista, un poco avergonzado. En el fondo era un buen colega, un buen policia. Simplemente, tenía esos arranques de inseguridad que le hacían parecer un idiota.

—Hazlo t6 —dijo él—. Yo tengo que redactar el informe de la detenci6n de ayer. Voy retrasado.

Pippa no insisti6. Se sent6 en su mesa y marc6 el n6mero del abogado de Truman, Roy Shelby.

—Se1or Shelby? Le habla la sargento Phillipa Bouchard. Tiene un momento? Me gustaría informarle de la operaci6n en la que queremos que participe Scott Truman. He considerado m6s oportuno ponerme en contacto con usted directamente para que pueda asesorar a su cliente en las dudas que le puedan surgir.

—Me da un momento, por favor, para que termine el asunto que tengo entre manos?

—Quiere que le llame m6s tarde?

—No, no hace falta. Enseguida estoy con usted.

—SÍ, por supuesto.

Pippa le escuch6 hablar sobre unos correos electr6nicos con un hombre y, tal y como le había indicado, la atendió inmediatamente.

—Le importa si pongo el manos libres?

La pregunta la pill6 de improviso.

—No, claro.



—Puede empezar.

Pippa le contó al detalle qué era lo que esperaba la Policía Montada de su cliente, dónde se encontraría este con Proshiev y cuáles eran los riesgos a los que se exponía si algo se torcía.

—Entendemos que el operativo es delicado, pero no tiene por qué salir mal. Ni Orson ni Proshiev sospechan que el departamento va tras ellos. Nadie, aparte del fiscal, mi compañero, mi jefe y yo misma, lo sabe, así que la seguridad de su cliente está garantizada. ¿Tiene alguna pregunta?

De repente, otra voz se oyó al otro lado del teléfono.

—Sargento Bouchard, soy Scott Truman. No sé Roy, pero yo tengo un océano de dudas. ¿Puede acercarse a mi oficina, digamos... en una hora?

Pippa consultó la hora en la pantalla del ordenador. Las cuatro cuarenta y cinco y todavía tenía varias llamadas pendientes y un montón de papeleo por tramitar si quería poner en marcha la operación.

—Puedo pasarme mañana a primera hora con mi compañero.

—Mañana salgo de viaje al extranjero y no regreso hasta el jueves. Cuanto antes nos veamos, antes tomaré una decisión.

El jueves sería demasiado tarde para moverlo todo, si querían que la operación comenzara el domingo.

Pippa se levantó y cogió la cazadora del respaldo de su silla sin soltar el teléfono.

—¿Me dice la dirección? Voy para allá.

### CAPÍTULO 3

El estadio de los Ottawa Owls era una impresionante construcción de acero, hormigón y cristal que surgía de pronto en medio de una extensa zona verde, como un amenazador platillo volante.

Pippa no era muy fan del baloncesto y solo había estado allí en una ocasión, invitada por un hombre al que había conocido en la cola de la caja de una cafetería cercana a la comisaría. La tarde había sido un desastre. Al ver a su acompañante desgañitarse, vociferando insultos cada vez que se producía alguna jugada conflictiva, se había acordado de su ex, un bombero buenorro, loco por el *hockey* sobre hielo, con el que había salido los últimos años. Le había acompañado en innumerables ocasiones a ver los partidos —pese a que en su opinión aquel deporte era extremadamente violento y ella ya tenía suficiente violencia en su trabajo— y todo, ¿para qué? Para enterarse un buen día de que llevaba más de un año poniéndole los cuernos con una camarera. Por lo menos, aquel inesperado baño de realidad había tenido su lado positivo: aunque estaba muy cómoda en el departamento de policía de Edmonton, pedir el traslado a Ottawa le había dado un nuevo impulso su carrera.

Así que, cuando su acompañante le propuso ir a su casa después del partido, había rechazado la oferta de plano. El tipo había perdido cualquier rastro del atractivo que hubiera podido tener al principio, y el baloncesto también.

—¿A dónde va?

La voz del guarda de seguridad, la hizo volver al presente.

—El señor Scott me está esperando.

El guarda la miró de arriba abajo con una expresión entre sardónica y lasciva que le hizo preguntarse si irían muchas mujeres a «charlar con el jefe» una vez terminada la jornada laboral. Por unos instantes, barajó la idea de sacar la placa y borrarle de golpe esa irritante sonrisita, pero controló el impulso.

El hombre llamó por un interfono y, en cuanto colgó, la acompañó a uno de los ascensores.

—Vaya a la cuarta planta. Según sale a la derecha, es la puerta del fondo.

Pippa siguió sus instrucciones, golpeó la puerta con los nudillos y esperó.

—¡Pase!

Entró y miró a su alrededor con curiosidad. Como había imaginado, el despacho era impresionante; no solo por el tamaño, sino por la cantidad de obras de arte que albergaba. No era que ella entendiera mucho de cuadros y esculturas, pero estaba segura de que las que había allí debían valer un dineral. La pared de casi siete metros que quedaba a un lado de la mesa era de cristal y la vista sobre la pista, en la que ya solo quedaban un par de empleados de mantenimiento, era inmejorable. Al otro lado había también un amplio ventanal, desde el que se veía la ciudad de Ottawa iluminada.

Sin embargo, fue el hombre que estaba sentado a la mesa, y que en ese momento terminaba de firmar unos documentos, el que atrajo toda su atención. Si en los juzgados le había parecido un tipo impresionante, allí tenía todo el aspecto de un rey en sus dominios. Llevaba una corbata discreta, pero la camisa blanca ponía de relieve la anchura de los hombros y el tono bronceado de su piel. El pelo castaño claro, con ese corte casi militar, contribuía a reforzar la imagen de fortaleza y poder que transmitía.

—Ah, señorita Bouchard, le agradezco que haya tenido la bondad de pasarse por mi despacho a pesar de las horas —dijo con amabilidad, aunque a ella no se le escapó el tono irónico.

—Sargento Bouchard, si no le importa. —Pippa se arrepintió en el acto del tono seco que había empleado; no le convenía ponerlo en su contra.

—Muy bien, sargento Bouchard —dijo con idéntica sequedad, sin molestarse en ponerse en pie.—. Tome asiento, por favor.

Pippa se sentó en el confortable sillón de cuero y cruzó las piernas. Como había esperado, los ojos grises se posaron unos largos segundos en ellas. Era un truco que empleaba a menudo, sobre todo en los interrogatorios; los hombres se relajaban de inmediato ante una mujer bonita. La mayoría de ellos creía a pies juntillas que «rubia y guapa» equivalía a «tonta», y se olvidaban por unos instantes de que era policía.

—Soy yo la que le agradezco que me reciba. —Le lanzó la estudiada sonrisa que solía utilizar con los jefazos cuando coincidían en las reuniones sociales del departamento. No obstante, en esta ocasión fue incapaz de adivinar si había causado el efecto habitual; su interlocutor seguía con los ojos clavados en ella sin traicionar el menor de sus pensamientos. Pippa suspiró. Ya no tenía ninguna duda de que ese hombre iba a resultar un hueso duro de roer, así que decidió dejarse de rodeos e ir al grano—: Verá, es muy importante que tenga claro lo que debe y no debe hacer y decir cuando se reúna con Orson.

Scott Truman se recostó contra el respaldo del sillón ergonómico, cruzó los brazos frente al amplio pecho y siguió mirándola con la misma desconcertante fijeza. Pippa tuvo que hacer un esfuerzo para no perder el hilo de la explicación.

—Estará protegido en todo momento, llevará un micrófono y...

—Es suficiente, *sargento Bouchard* —se las arregló para imprimir a su nombre y grado un toque de sarcasmo—. He visto muchas películas, así que me hago una idea.

—Me temo que esto no es ninguna película. —Pippa reprimió las ganas de alzar la voz. El tipo la estaba cabreando, pero sospechaba que lo hacía a propósito—. Nos jugamos años de investigación, por no hablar de que puede resultar peligroso para usted. El papel de la policía es garantizar la seguridad de los civiles que intervienen en este tipo de operativos. Si algo sale mal, la responsabilidad es nuestra.

—Lástima, parecía emocionante. —Truman echó un vistazo al llamativo Rolex de acero y oro que llevaba en la muñeca y añadió—: Será mejor que vayamos a cenar.

—¿A cenar?

—He tenido varias reuniones a lo largo del día y solo me ha dado tiempo a comer un bocadillo a media mañana. Estoy hambriento.

—Mire, señor Truman, solo quería explicarle...

—Le prestaré más atención si me lo explica mientras devoro un *confit* de

pato en salsa de arándanos o un buen *filet mignon*.

—No creo...

—Sargento Bouchard —la interrumpió sin ninguna consideración—, esto no es una cita, es una reunión de negocios. La policía quiere que haga algo por ellos y yo quiero que usted, como representante de la ley, haga algo por mí. Algo que, por otra parte, no le costará demasiado. He reservado en Le Forain, no sé si ha comido allí alguna vez...

Aquel *bistro* era uno de los mejores restaurantes de Ottawa, y su tono burlón daba a entender que sabía de sobra que una humilde sargento de policía no podía permitirse comer en ese tipo de sitios. Pippa no se molestó en contestar a su pregunta, si es que eso era una pregunta.

—Ya acordamos que se retirarían todos los cargos que pesan sobre usted con respecto a los papeles de los Gonzalez. No pienso acompañarlo a cenar, hace rato que acabó mi turno y...

—Permítame un consejo, sargento Bouchard —la interrumpió mientras se ponía la chaqueta del traje que colgaba de un perchero—. Si quiere llegar lejos en su carrera, y esto sirve para cualquier carrera, debería olvidarse de turnos y horarios.

A Pippa le sentó fatal ese comentario tan paternalista. Ella era la reina sin corona de las horas extras; si estuviera en su casa, ahora mismo estaría dando cuenta de un sándwich y una cerveza frente a la pantalla del ordenador mientras investigaba las interminables ramificaciones de los negocios de Proshiev.

Sin embargo, esbozó una sonrisa artificial y le agradeció el consejo. Algo le decía que el tipo ese estaba jugando a hacerle perder los nervios, y no le iba a dar la satisfacción de salirse con la suya.

—Vamos.

Truman puso una mano peligrosamente cerca de su trasero y la empujó con suavidad en dirección a la puerta. Pippa se apartó en el acto y dijo en tono sereno:

—Ha dicho que esto era una reunión de negocios, no una cita, y no creo que en las reuniones de negocios usted le vaya tocando el culo a sus colegas.

Truman echó la cabeza hacia atrás y soltó una explosiva carcajada que dejó al descubierto su magnífica dentadura y, por primera vez desde que lo conocía, Pippa detectó un brillo de auténtica diversión en los ojos grises.

Scott se regodeó en la visión que tenía enfrente. La sargento Bouchard no había dado muestras en ningún momento de sentirse incómoda, pese a que la mayoría de las mujeres del restaurante llevaban vestidos mucho más elegantes que su discreto traje de chaqueta. Sin embargo, él no tenía ninguna queja; en todo el local no había ninguna que pudiera compararse con ella. La de Phillipa Bouchard no era una de esas bellezas llamativas de las que él solía rodearse. Además de la perfección de sus rasgos, había en los preciosos ojos azules un brillo de inteligencia que la hacía aún más atractiva, y eso que a él nunca le habían atraído las mujeres demasiado listas. Las prefería guapas y dóciles, que no le dieran demasiados quebraderos de cabeza. Para eso ya tenía sus negocios; no necesitaba más complicaciones. Claro que, quizá por eso mismo, cambiaba tan a menudo de amante; enseguida se cansaba de ellas y las hacía a un lado, con un magnífico regalo y sin el menor remordimiento.

Pero desde que vio a la sargento Bouchard por primera vez en el despacho del fiscal, se había sentido intrigado por ella. Quizá porque en ningún momento había intentado llamar su atención. Truman esbozó una sonrisa que reprimió en el acto. Era evidente que estaba mal acostumbrado. Desde que ganara su primer millón arreglando viejos automóviles que compraba por un puñado de dólares y que luego revendía a buen precio a los trabajadores de la planta de petróleo que daba empleo a casi todos los hombres de Gretna, el pueblo de mala muerte en el que nació, las mujeres se arremolinaban a su alrededor dejando bien claro que estaban disponibles. Todas, menos la sargento Phillipa Bouchard.

En el despacho había habido un par de momentos en los que cualquiera que conociera menos al sexo femenino habría interpretado sus gestos como un intento de flirtear con él. Pero para Scott resultaba obvio que esa especie de coqueteo mecánico —con cruce sensual de piernas y sonrisa deslumbrante incluidos— no era más que un intento de desviar su atención del poderoso cerebro oculto detrás de ese rostro angelical.

Ella había aceptado a regañadientes su invitación y, en todo el tiempo que había durado la cena, no había conseguido sonsacarle la menor información sobre su vida privada. La sargento Bouchard era muy discreta e insistía en volver una y otra vez al operativo que se traía entre manos. No había habido ningún intento más de tontear con él. Tampoco se había mostrado deslumbrada cuando el *maître* les condujo a la mejor mesa ni cuando pidió una botella de champán de trescientos dólares que ni siquiera se había dignado a probar, con

la excusa de que seguía de servicio.

No. La sargento Bouchard era todo un desafío y a él le gustaban los desafíos, aunque en esta ocasión no tuviera nada que ver con los negocios. Consultó la agenda del móvil unos segundos; se daba un mes para convertirla en su amante. Por supuesto, nada de esto se reflejó en su expresión.

—¿Postre? ¿Café?

—Creo que ya le he dicho todo lo que necesita saber para el encuentro del domingo, así que, si no le importa, señor Truman...

—Llámeme Scott.

—Si no le importa, señor Truman —repitió con firmeza—, me iré a casa. Mañana me espera un día movido.

Scott llamó al camarero, pidió la cuenta y la acompañó hasta donde había aparcado. Ella había insistido en llevar su propio coche, un Ford Fiesta decrepito, en vez de dejarlo en el aparcamiento del estadio y subirse a su Ferrari.

—La acompañaré hasta su casa.

—No es necesario. —Abrió la puerta y se metió en el coche—. Hace ya años que no necesito cuidadora.

Una vez más, su sequedad le molestó.

—Muy bien. Como quiera.

—¿Recuerda dónde hemos quedado el domingo?

Scott chasqueó la lengua, irritado.

—Cómo no voy a recordarlo. Me lo ha repetido veinte veces. ¿Cree que he llegado hasta aquí olvidándome de las cosas importantes?

—Dígamelo, por favor.

Desde luego, la sargento Bouchard era implacable.

—Cartier Place Suite Hotel, calle St. Cooper. Habitación 103. A las ocho horas en punto —repitió en tono sarcástico.

—Perfecto, nos vemos allí.

Y sin darle la oportunidad de despedirse como le hubiera gustado, la sargento Bouchard cerró la puerta, arrancó el motor y se perdió calle abajo.

## CAPÍTULO 4

¿Bombones o vino? Pippa sopesó ambas opciones en sus manos. Alice no podía beber vino debido a su embarazo, pero Greg era inexplicablemente alérgico al chocolate, así que no se le ocurría qué otra cosa llevar a la cena. Recorrió otro pasillo del supermercado hasta llegar a la zona de flores donde lo único que quedaban eran rosas rojas que descartó desde el minuto uno, y un par de macetas con cactus.

«¿Cactus? Ni hablar».

Lo que no haría sería presentarse en la casa de sus amigos con una maceta de esas. No con Olof allí; le recordaría de nuevo aquel novio que tuvo durante su estancia en la policía de Vancouver que le regaló un gigantesco cactus por el día de San Valentín y no se le ocurrió mejor idea que mandárselo a la comisaría envuelto en un gran lazo rosa. Tuvo que soportar las bromas de sus colegas durante varios meses. Una sonrisa asomó a sus labios al recordarlo.

«Ese canalla de Olof...».

Y sin embargo, fue el primero a quien llamó cuando decidió pedir el traslado a la central de la policía en Ottawa, tres meses después de la muerte de su madre. Tras el desengaño sufrido con Harry, no le quedaba nada que la atara a su ciudad natal. Ni familia, ni grandes amigos —la mayoría se pusieron de parte de Harry tras la ruptura— ni un trabajo apasionante que le compensara cualquier otra cosa. Su empleo en la comisaría de Edmonton era demasiado previsible, demasiado tranquilo: disputas familiares, pequeños actos de delincuencia, robos de poca monta, algún asesinato aislado. Tanta quietud la ahogaba, le impedía avanzar y pasar página. Por eso llamó al gran



Olof, su leal compañero de patrulla en Vancouver. Sabía que él le ayudaría en lo que pudiera sin hacer demasiadas preguntas, como así fue. No solo hizo las averiguaciones necesarias para enterarse de las vacantes en la central, sino que también le facilitó su integración en el cuerpo durante los primeros días, acompañándola y presentándole a los compañeros de los distintos departamentos.

Con Alice no hizo falta casi ni avisarla. A pesar de que su mejor amiga de la infancia vivía en Ottawa desde hacía más de seis años, habían mantenido el contacto y sabía que en cuanto le dijera que se trasladaba a vivir a su misma ciudad, podría contar con ella para lo que necesitara. Ella fue quien le buscó un apartamento en la misma calle donde residía con su marido, Greg; le ayudó a decorarlo para hacerlo un poco más acogedor y le enseñó cada rincón de la ciudad. Incluso se confabuló con Olof para tratar de buscarle pareja entre los compañeros solteros de su unidad, «heteros, pero buenos tíos». Tuvo que pararles los pies a los dos. Sobre todo a Alice, que no entendía su «preocupante falta de citas».

—¿Estás segura de que te dejas la pistola en casa cuando quedas con un hombre? —le preguntó en una ocasión, medio en broma medio en serio, después de que le contara que su última cita había salido huyendo nada más terminar la cena—. Ya sabes que siempre has sido un poco intimidante... y creo que lo sigues siendo, cariño.

—¿Intimidante, yo? ¿Quién dice eso?

—¿En serio me lo preguntas? ¡Yo lo digo! ¡Olof lo dice! ¡Greg jamás te lo diría, pero también lo piensa! En el colegio te peleabas a puñetazo limpio con cualquiera que te llamara guapa y Olof me dijo hace tiempo que en la academia te conocían como «miss sargento de hierro». Me juego lo que quieras a que los acobardabas a todos con tu sonrisa de medio lado, como una auténtica pistolera del oeste.

—Venga ya. —Alice era su mejor amiga desde hacía casi quince años y la conocía muy bien: tenía cierta tendencia a inventarse algunos detalles para corroborar su «versión de los hechos»—. Son imaginaciones vuestras. Primero: no me peleaba con los niños del colegio por llamarme guapa, me peleaba porque no me dejaban jugar con ellos por ser una chica. Segundo: ese apodo de «miss sargento de hierro» fue a consecuencia de una apuesta estúpida por ver si superaba las mismas pruebas que Demi Moore en la película. Lo logré, de lo cual, me siento muy orgullosa. Y por último: no tengo ningún problema para quedar con hombres, siempre y cuando me atraigan.

—Reconócelo: los juzgas en los primeros cinco minutos y si no están a la altura, tú misma te encargas de ahuyentarlos. Necesitas alguien que te devuelva la pelota continuamente, que juegue a tu juego, de igual a igual. O que incluso, quiera ganar.

—¡Tonterías! Y si huyen es que no me interesan. Mejor estar sola que mantener una relación con alguien que no es capaz de decirte las cosas a la cara.

—¿Como los tres años que pasaste con «nuestro querido» Harry?

Por eso Alice era su mejor amiga: era la única que le podía decir ese tipo de cosas a la cara sin perder su sonrisa angelical. Le debía ser muy útil para manejar a sus alumnos adolescentes en clase.

≡ ≡ ≡

Pippa aparcó el coche en la puerta de la casa de Alice y Greg, un bonito chalet de estilo inglés al que se habían mudado unos meses antes, cuando debió de sonar algún tipo de campana avisando de que había llegado la hora de la maternidad. En un abrir y cerrar de ojos, vendieron su acogedor apartamento de pareja treintañera sin hijos en el centro de la ciudad para comprar esa casa en una zona residencial más tranquila y familiar, en las afueras. Algo muy lógico, por otra parte, aunque a ella le hubiera sentado a cuerno quemado. Primero fueron Olof y Warren —estaban a punto de entregarles en adopción a un bebé de Guatemala—, ahora Alice y Greg. ¿Es que había alguna ley que impedía criar niños en el centro? ¿Qué tenía de malo? Había hospitales, colegios, tiendas de ropa infantil, un índice de delincuencia ridículamente bajo... ¿qué más querían?

Lo cierto es que en apenas un año se había quedado sola en la ciudad. Adiós a dejarse caer después del trabajo por casa de Alice para una cena improvisada; adiós a quedar los viernes en el pub los cinco o a tomar una cerveza en alguna de las terrazas del canal Rideau.

La puerta se abrió ante ella y apareció Greg con un delantal de corazones rojos.

—¡Pippa! ¡Ya pensábamos que te habías perdido!

—No podía venir con las manos vacías. Esto para nosotros... —alzó la mano derecha con la bolsa donde llevaba la botella de vino y zarandeo la caja de bombones en la mano izquierda— y esto para que Alice no se sienta desplazada.

—Estupendo. Eres la mejor, no se te escapa ni una. Pasa. Olof y Warren están a punto de llegar.

Pippa le dio un beso a Greg y se dirigió a la cocina, segura de encontrar a Alice entre fogones. No había conocido a nadie que cocinara mejor que su amiga; ni siquiera su madre.

—¡Greg! ¿A qué hora le has dicho a tu amigo que se pase por aquí? — Oyó preguntar a Alice desde la cocina.

—¿Qué amigo? —Pippa frunció el ceño, inquisitiva.

Greg carraspeó y bajó la vista al suelo.

—Es un compañero del trabajo que... ya sabes... Alice piensa...

Mierda. Sabía muy bien lo que pensaba Alice.

—¡Alice!

—¡Pippa! ¡No te he oído llegar! —Miró a su marido con una mueca de fastidio, prueba infalible de que la había pillado.

En ese instante, sonó el timbre de la puerta y Greg se escabulló con gesto de alivio.

—Dime que no me has montado una encerrona.

—¿Qué encerrona? ¡Simplemente va a venir un amigo de Greg a tomar una copa después del postre!

—¿A quién has encerrado, Pippa? —Olof el grandullón apareció en el marco de la puerta, con una sonrisa de oreja a oreja. Detrás de él apareció su marido, Warren, con una preciosa maceta de orquídeas envuelta en un celofán transparente con un lazo rosa. Por supuesto, él se podía permitir el lujo. No había nadie más encantador, dulce y sensible en toda Ottawa que Warren. No entendía cómo podía haberse enamorado de alguien como Olof, un sabueso incapaz de oler otra cosa que no fuera el dinero que apestaba a delito económico—. He oído que tienes cogido por las pelotas a Scott Truman. ¡Bien hecho! A esos tipos les gusta hacer equilibrios constantes en el filo de la legalidad con sus negocios.

Pippa le dedicó una mirada de advertencia antes de volverse a Alice.

—No he encerrado a nadie, pero creo que voy a ser la primera sargento de Ottawa que detiene a una embarazada por alta traición.

—No jodas, Alice. ¿A quién has sobornado esta vez para que salga con Pippa?

—¡No digas estupideces, Olof! No tiene nada de malo que me preocupe por la salud sexual y sentimental de Pippa. Ella está demasiado distraída con el trabajo y no tiene tiempo para conocer a nadie decente. ¡Pero si se pasa el

día rodeada de estafadores y delincuentes!

—Buen punto. —Olof, brindó con el botellín de cerveza que había puesto Greg en su mano.

—¡Por favor! —protestó Pippa, con gesto incrédulo—. En cuanto a Truman... ha accedido a colaborar con nosotros en un asuntillo. Y creo que es todo cuanto puedo decir por el momento.

—¿Scott Truman, el dueño de los Ottawa Owls? —Vaya, había olvidado que Greg era seguidor incondicional del equipo de baloncesto de su ciudad y no se perdía ni un solo partido.

—Sí, el mismo. —Decidió que sería mejor cambiar de tema—: Por cierto, será mejor que llames a tu amigo y le digas que... que me han llamado para salir en misión secreta a Alaska y que volveré el año que viene, si es que es que los osos me dejan.

—¡Ni se te ocurra hacer eso! Ya está invitado, ¡sería una falta de consideración absoluta! —protestó Alice blandiendo en el aire el cucharón de cocinar.

—Tengamos la fiesta en paz, chicas. Pippa, hablaré con Rob en cuanto llegue para decirle que no estás libre en estos momentos, que me acabo de enterar en el transcurso de la cena. ¿Te parece bien?

—Exacto. No estoy libre. Y yo decido con quién, cuándo y cómo tengo una cita. ¿Está claro?

Alice le dio la espalda, airada. Al final, Rob resultó ser un tipo sencillo y agradable, con el que congenió bastante bien, por más que le molestara reconocerlo. Tal vez no tuviera mucho sex appeal, pero consiguió arrancarle unas cuantas carcajadas con las curiosas anécdotas que vivía cada día en su clínica veterinaria, situada a un par de manzanas de su apartamento. Así que cuando él le preguntó si le apetecería tomar una cerveza algún día por el canal, le respondió:

—¿Una cerveza, sin más? ¿Por qué no?

≡ ≡ ≡

—Estamos preparados, sargento. Cuando quiera —le dijo Mick, el agente que controlaba el sistema de audio dentro de la furgoneta.

Bien, porque Scott Truman había llegado hacía cinco minutos al estadio de los Ontario Stars, donde se celebraría la quinta jornada de la liga canadiense entre los Stars y los Warriors de Vancouver. Truman había

conseguido que Daniel Orson lo invitara al palco de autoridades a presenciar el partido, y si todo iba bien, intentaría sonsacarle la información que necesitaban.

—No haga movimientos extraños ni fuerce las cosas —le había dicho Pippa apenas dos horas antes, mientras el técnico le ordenaba quitarse la camisa para colocarle el botón del micro justo debajo de la clavícula. Scott Truman no tuvo ningún reparo en hacerlo delante de ella, que enmudeció ante la espectacular vista de su torso desnudo. Se obligó a mirarlo impasible y agregó—: Tendremos una agente de camarera que no lo va a perder de vista. Lo más importante es su seguridad.

—¿Puedo mencionarle a Proshiev? Quizá así se confíe más.

—No, es preferible que sea él quien saque su nombre. Compórtese como lo haga normalmente. Y no mienta. Si acaso, diga verdades a medias, se evitará problemas. ¿Va a llevar acompañante?

—¿Debo?

—¿Suele llevarla?

El técnico le pidió que no se moviera mientras le adhería el micrófono a la piel y luego se agachó para hacer las comprobaciones de sonido. Él clavó los ojos grises en los suyos, con aire burlón.

—¿Me está preguntando si tengo pareja estable?

Pippa respiró hondo.

«Paciencia, Pippa».

—Le estoy preguntando por lo que suele hacer usted.

—Depende de lo que busque sacar del evento en sí. Una buena acompañante destensa mucho el ambiente y abre la puerta a conversaciones que pueden ser muy fructíferas.

—Pues entonces, llévela.

—Aunque también son un arma de doble filo. Tienden a acaparar demasiada atención y pueden distraer del objetivo perseguido.

—Pues no la lleve. En serio, Truman: haga lo que sea habitual en este tipo de encuentros. Cuanta más normalidad, mejor.

—De acuerdo. Entonces iré solo. A no ser que quiera usted acompañarme... Para mí sería un placer.

—Me temo que tengo cosas más importantes que hacer que acompañarlo. Estaré al mando de la operación, pero no se preocupe, me tendrá pendiente de cada palabra que salga de su boca durante el encuentro —zanjó, sin darle oportunidad de responder.

En ese momento, el técnico le informó de que el micro estaba colocado y activado.

≡ ≡ ≡

Pippa cerró tras de sí la puerta de la furgoneta policial de incógnito aparcada en las inmediaciones del estadio, saludó al agente de sonido, se colocó los cascos y comprobó que todo el mundo estaba en sus puestos.

—Petersen, aquí Bouchard. ¿Estás dentro?

—Sí. Tengo a la vista a nuestro hombre. Acaba de entrar en el palco.

—Sandy, ¿lo tienes?

—Lo tengo, jefa. Está saludando a Orson —respondió la agente que habían conseguido infiltrar en el servicio de catering del palco por lo que pudiera pasar. No quería imprevistos; Sandy se encargaría de sacar a Truman si algo salía mal.

—¿Tenemos ya entrada de la cámara, Mick?

El agente asintió. Bajó una clavija y en seguida apareció en las pantallas del sistema la imagen del palco donde tenía lugar la reunión. No tardó en identificar a Scott Truman, con su elevada estatura destacaba entre un grupo de hombres con aspecto de ejecutivos, a los que saludaba con efusividad. Los ojos de Pippa se posaron en Daniel Orson, el presidente de los Ontario Stars. Él sí había llevado acompañante, una chica joven con un vestido demasiado brillante, ajustado y provocador como para asistir a un partido de baloncesto, aunque tal vez no para el palco donde se reunían los hombres más poderosos de los clubes. Orson no se despegaba de ella y le susurraba cosas al oído que la hacían reír. Pippa se dio cuenta de que Truman también los observaba a distancia, como si estuviera evaluando la situación.

«Ahora no es el momento, Truman», murmuró Pippa para sí.

Y el empresario, como si la hubiera oído, se encaminó hacia la mesa de buffet donde se encontraba Sandy para pedir una bebida. Pippa expiró con fuerza, más tranquila.

«Bien, todo controlado por el momento».

El partido comenzó y la mayoría de los invitados tomaron asiento. Truman prefirió mantenerse de pie, tras la última fila de asientos. Tipo listo. Así podría reaccionar rápido si Orson se movía. Y lo hizo. En mitad del segundo cuarto, cuando su equipo parecía que había tirado la toalla, Orson se levantó y fue en busca de una copa. Truman lo siguió.

—Tienes buen gusto para las mujeres, Daniel. Parece muy joven —le dijo al llegar junto a él.

Los oídos de Pippa se aguzaron al escuchar el nombre de su objetivo en la voz grave de Truman.

«Vamos allá. Empieza la función», se dijo al otro lado del micrófono.

—Lo es. Formaba parte del equipo de animadoras del equipo, pero la he rescatado. Puede aspirar a objetivos más elevados... —Orson le guiñó un ojo con complicidad; era, a todas luces, un hombre orgulloso de sus dotes de conquistador.

—Veo que tus chicos no están muy finos hoy, Orson.

El presidente de los Ontario Stars sonrió, poco afectado.

—Bueno, una mala tarde la tiene cualquiera, ¿no? A veces se gana, a veces se pierde.

Truman sonrió de medio lado.

—Eso dicen. De vez en cuando, no viene mal una derrota ¿verdad? Especialmente, en momentos delicados.

Daniel Orson bebió un trago de su copa sin quitarle la vista de encima. Lo estaba evaluando.

—A nadie le gusta perder. A mí me indigna cuando estos mamones no lo dan todo en la pista, hasta el final. ¡Hay noches en que incluso las animadoras jugarían mejor que ellos!

—Estamos de acuerdo. El baloncesto es un deporte en el que nos jugamos mucho, todos. Nosotros arriesgamos nuestro dinero cada temporada de liga y esperamos una rentabilidad.

—Una rentabilidad que no siempre llega, aunque por suerte, mis negocios van viento en popa. He encargado el último modelo de jet a Gulfstream, con todo lujo de detalles. Ahora mismo, solo hay cinco en todo el mundo y uno de ellos será el mío.

—Creí que había una larga lista de espera.

—Tengo ciertos contactos... —Orson le dedicó una mirada de suficiencia.

—Deben de ser unos contactos muy buenos. —Truman carraspeó y bajó la voz—: He oído que algunos saben cómo obtener beneficios siempre, gane o pierda su equipo. Y creo que eso podría interesarme.

—¿En serio? Te tenía por un tipo con ciertos principios, Truman —dijo el otro con sorna.

—Soy un hombre de negocios. Igual que tú. Los principios son

inamovibles, pero elásticos, ya sabes.

—Inamovibles pero elásticos... —repitió Orson, con los ojos saltones fijos en él—. Me gusta.

—¿Entonces?

—Hay unos señores que mueven con delicadeza y acierto ciertos hilos de la liga de baloncesto.

—¿Hilos? —insistió Truman.

Pippa sonrió al otro lado del micrófono ante la habilidad de Scott para sonsacar la información que buscaba. Era un tipo listo.

—La trastienda de la liga. El resultado final no siempre depende del rendimiento de los equipos, ¿entiendes? Hay otros factores. El arbitraje. Los vestuarios. Los palcos.

—¿Y tú decides qué hilos se deben mover?

Daniel Orson soltó una carcajada que resonó en toda la sala.

—¡No, por Dios! Yo solo me he subido al carro, pero detrás de esto hay auténticos profesionales. Personas que tienen la perspectiva del tablero completo, que manejan todas las piezas. A mí me dicen si mi equipo debe ganar o perder, y yo actúo en consecuencia. ¿O crees que no pudimos ganarnos a los Owls B en nuestro último enfrentamiento? Si hubiéramos querido, os habríamos pasado por encima como una apisonadora.

—¿De veras? —Pippa notó en la voz de Truman el esfuerzo de contención que estaba haciendo—. ¿Y se puede saber quiénes son?

—Creo que a uno ya has tenido el placer de conocerlo, aunque creo que no sois muy amigos. ¿Te suena Yuri Proshiev? Es la mente pensante y el jefe de todo esto. Un auténtico genio de los negocios.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Confías en ellos?

Orson asintió con un movimiento de cabeza.

—Lo tienen todo controlado. Todo cifrado, seguridad cien por cien. Te mandan un mensaje con los resultados que necesitan. En cuanto termina el partido, aparece un tipo con el maletín del dinero contante y sonante y te lo deja en el lugar que tú convengas. Sin luces ni cámaras. Invisible. Y pagan muy bien. En nuestro último partido fue un millón de dólares. No está mal, ¿verdad? Gane o pierda tu equipo, tú siempre ganas. Rentabilidad asegurada. Y si quieres obtener el máximo beneficio, puedes entrar también en la red de apuestas online. Estos rusos son la polla. Mueven el dinero por todo el planeta, a través de miles de nodos que obedecen sus órdenes. En mi próxima vida, quiero llamarme Yuri o Timochenko o lo que sea, en ruso. Pero ahora, el



puto amo del negocio es Yuri Proshiev.

—¡Sí! ¡Lo tenemos! —exclamó Pippa, con un golpe en la mesa de sonido —. Sandy, hazle la señal a Truman. Petersen, atento a la salida de nuestro hombre.

—Sargento, tenemos problemas. Proshiev, viene hacia aquí con sus hombres. Va a entrar en el palco.

—¡Hay que sacar de allí a Truman ya! Esos tipos nunca entran en ningún sitio sin sus detectores de micrófonos. Si se ponen cerca de él, lo descubrirán. Sandy, ¿crees que puedes avisarlo?

—Lo haré, jefa.

—Petersen, listo para intervenir si fuera necesario.

—En posición, sargento.

≡ ≡ ≡

Truman bebió el último trago de su bebida y dejó el vaso sobre la mesa, despacio. Así que era cierto. Ese estúpido de Orson estaba metido hasta el cuello en el amaño de partidos con la mafia rusa. Lo cual significaba que la liga entera estaba bajo sospecha. ¿Qué equipos habían ganado legítimamente? ¿Cuáles habían perdido de manera merecida? Imposible saberlo ya. Por suerte, su equipo principal jugaba en la NBA, y no en la liga canadiense. Una revelación como esa acabaría con el prestigio de todos los clubes, salvo que pudieran controlar los daños. La sargento Bouchard iba a tener lo que buscaba, pero él se encargaría de que el escándalo de los amaños de partidos no salpicara a los clubes que habían jugado limpio. Si la imagen de juego tramposo se extendía sin control, sería la ruina de todos.

—Déjame pensarlo un día y te respondo mañana. Si es como dices, me interesa.

—Ni que decir tiene que confío en ti, Scott. Puede que tú y yo no hayamos tenido una relación estrecha, pero formamos parte del club de presidentes del baloncesto canadiense. Competidores en la cancha y aliados en cualquier negocio o trato que pueda beneficiarnos mutuamente. Espero que entres o, si no lo haces, que te mantengas al margen.

—No te preocupes. No me gusta quedarme fuera de cosas tan gordas como esta —dijo él.

—Señor, antes me preguntó por los aseos —lo interrumpió la chica que atendía el bufé. La miró unos segundos de más, como si estuviera procesando

sus palabras. Era la consigna que habían acordado por si algo iba mal. Dirigió la vista hacia donde le indicaba la camarera, una puerta que daba a un pasillo lateral—. Si desea ir ahora, están por allí.

Él captó el mensaje de inmediato.

—Gracias. Orson, lo lamento mucho, pero debo marcharme. Tengo una cita con una mujer de armas tomar y no quiero hacerla esperar. —Se inclinó al oído de su anfitrión y añadió en voz baja—: Es de las que usan el látigo.

El presidente de los Ontario Stars soltó una gran carcajada.

—Claro, claro. Lo entiendo, viejo zorro.

Scott salió por la puerta que le había indicado la camarera, que le condujo a una pequeña sala de estar. De ahí se asomó al pasillo por donde le habían explicado que debía marcharse. Oyó el tintineo del ascensor al llegar a esa planta y esperó con la puerta entreabierta a ver quién venía. Lo identificó en seguida, no había cambiado apenas desde que se lo presentaron en la reunión de presidentes de clubes hacía más de cinco años: era Yuri Proshiev y avanzaba en dirección al palco escoltado por sus secuaces, con el aplomo de quien se siente el amo del lugar. Scott se fijó en que uno de ellos portaba un maletín negro que, sin duda, estaría lleno de dinero sucio. Muy sucio.

## CAPÍTULO 5

Scott colgó el móvil después de una larga conversación con Gary, el entrenador de los Ottawa Owls. Tenían problemas. En el último entrenamiento, Vishenko, el alero del equipo, se había lesionado: rotura muscular del gemelo derecho. Era la segunda en los últimos dos meses y el ruso se negaba a estar inactivo las siguientes dos semanas, tal y como el médico había indicado.

Se frotó los ojos, cansado, antes de levantarse y acercarse hasta el ventanal del despacho. Las luces de Ottawa brillaban al atardecer y a él todavía le quedaba un par de llamadas más que hacer antes de pensar en un merecido descanso en las aguas cálidas de la piscina interior que había mandado construir en su casa. La operación policial lo había dejado mentalmente agotado y llevaba varios días durmiendo poco y mal. Se acercó hasta la puerta para decirle a Silvia que dejaba para mañana el resto de los asuntos pendientes.

—El señor Truman está muy ocupado —la oyó contestar en ese momento.

Interrogó a su secretaria con la mirada. Esta tapó el auricular y susurró:

—La sargento Bouchard.

—Páseme la llamada, Silvia.

No esperó a ver la sonrisa maliciosa de Silvia; se metió en el despacho, se sentó en su sillón giratorio, estiró las piernas y, solo entonces, descolgó el auricular.

—Sargento Bouchard, no esperaba su llamada. ¿Hay algo más que quiere que haga por la policía? Porque si es así, le recuerdo que he cumplido el trato que hice con el fiscal.

—Le llamo solo para darle las gracias. El operativo salió perfectamente

después de todo.

Scott se irguió en la silla.

—¿Después de todo? ¿Hay algo que deba saber que no me han contado? ¿Está relacionado con que me sacaran de allí a toda prisa?

La sargento Bouchard tardó unos segundos en contestar.

—Está relacionado con que Proshiev apareció en el estadio con sus hombres y temimos que lo descubrieran. Fue una suerte que no se cruzara con él cuando llegó.

—Por poco.

—Sí, por muy poco. Habríamos tenido un problema grave. Está seguro de que Proshiev no lo vio, ¿verdad?

—Seguro cien por cien.

—Bien. Nos ayuda que usted lo viera a él allí justo cuando iba a pagar el dinero del amaño en el partido de los Ontario Stars. Es un as que nos guardaremos en la manga, por si acaso. La Policía Montada le está muy agradecida. Gracias a su colaboración con la investigación vamos a poder pillar a Proshiev.

Truman sonrió para sí, satisfecho.

—¿Ya han detenido a Daniel Orson?

—Esta misma mañana. Y ha resultado más flojo de lo que pensábamos. No ha habido más que apretarle un poco las tuercas para tenerlo donde queríamos. Hace apenas un par de horas ha accedido a colaborar. Acusará a Proshiev.

—A cambio de algo, imagino.

La oyó reír al otro lado de la línea y Scott se recostó en el asiento, mucho más animado de lo que estaba apenas un minuto antes.

—Si me está pidiendo que le cuente a qué acuerdo ha llegado con la fiscalía, no pienso hacerlo. Es completamente confidencial.

Lo cierto era que a Scott no le interesaba en absoluto lo que le sucediera a Orson, pero no estaba dispuesto a terminar aquella conversación y menos ahora que ella parecía estar más relajada que nunca.

Se llevó la mano al nudo de la corbata y se la aflojó.

—Umm, déjeme adivinar: le harán una rebaja en los impuestos.

—Le he dicho que no...

Por su voz supo que Pippa se estaba divirtiendo.

—Le darán una nueva identidad.

—Sabe no puedo...

—Le darán una cara nueva... —continuó.

—Esta conversación no debería estar teniendo lugar —declaró ella una vez que consiguió recuperar la compostura.

—¿Teme que esté grabándola, Phillipa?

—¿Sería capaz, Scott?

Él soltó una carcajada. Había conseguido que ella lo llamara por su nombre. Toda una victoria.

—Me temo que soy más inocente de lo que cree.

—Le aseguro que no es la imagen que da.

Decidió arriesgarlo todo y tiró a canasta desde la línea de triples.

—Si dejara que la invitara a cenar, cambiaría la imagen que tiene de mí.

Pero en vez de encestar, la pelota se salió del aro, disparada hacia el abismo más oscuro.

—Le he llamado solo para agradecerle su colaboración. Si la Policía Montada necesitara algo más de usted, no dudará en ponerse en contacto. Muchas gracias de nuevo.

Y le colgó.

A Scott, por alguna razón, la seriedad con la que se tomaba su trabajo y el desdén con el que lo trataba le pareció tremendamente divertido. Colgó el teléfono despacio y se quedó mirándolo con una sonrisa en la boca.

Silvia entró en su despacho.

—El señor Keiko en línea. ¿Se lo paso o le digo que le llamará mañana?

—No, lo atenderé ahora —respondió al darse cuenta de que el cansancio había desaparecido.

≡ ≡ ≡

Dos semanas. Habían transcurrido dos semanas sin haber tenido ni una sola noticia de ella y ahora, de repente, se presentaba de improviso en su empresa sin avisar.

—Necesito hablar con usted —afirmó nada más abrir la puerta de la sala de reuniones.

Pippa ocupaba toda la puerta y Silvia apenas era capaz de asomarse por encima de su hombro. Detrás de ella, su secretaria intentó disculparse.

—Perdonen. Señor Truman, lo siento, pero no he podido detenerla.

—Señores —se levantó Scottt.

Todos los demás lo imitaron.

—Nos tomaremos unos minutos de descanso. Mi secretaria les traerá unos cafés mientras tanto.

Cuando Scott llegó junto a Pippa, Silvia ya había desaparecido para atender su encargo.

Scott asió a Pippa del brazo.

—¿Sabe usted la importancia de lo que se está discutiendo en esta sala?

—No, pero seguro que no es tan urgente como lo que yo tengo que decirle.

Scott hizo caso omiso de su comentario y la condujo con firmeza hasta su despacho. Cerró la puerta con el pie, sin soltarla. Pero una vez dentro, prefirió calmarse un poco. Se acercó hasta el ventanal y sin volverse, la dejó hablar.

—Tiene dos minutos exactamente.

—Es sobre el caso de Daniel Orson...

—Pensaba que usted se había desvinculado de él. Me dijo que sería la Policía Montada quien me notificaría cualquier novedad.

—Bueno, pues al final soy yo quien vengo a decírselo —dijo, exasperada.

El enfado de Pippa lo puso a él de buen humor. Se dio la vuelta para poder verla.

—Soy todo oídos.

—Ha habido un... incidente. Alguien ha atentado contra Orson.

Scott se puso alerta.

—¿Qué ha ocurrido?

—Lo teníamos en un piso franco a la espera de que el juez lo llamara a declarar. Lo custodiaban dos policías. Ayer por la noche, alguien entró por la fuerza, disparó a mis compañeros y se llevaron a Orson. Ha aparecido esta mañana en un descampado a las afueras de la ciudad. Le han dado tal paliza que nos ha costado reconocerlo. Han tenido que tomarle las huellas dactilares para confirmar que era él. Está en el hospital. Me extrañaría que le quedara algún hueso entero, pero saldrá de esta.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—¿Te lo tengo que explicar?

Scott se alegró de que ella lo tuteara de nuevo. ¿Eran imaginaciones suyas o parecía preocupada por él?

—Adelante.

—Ha sido Proshiev. Estamos seguros.

—Pero tú misma me dijiste que no había peligro de que alguien se

enterara de mi implicación en el asunto.

—Ya no estamos tan seguros. Nadie sabía tampoco dónde escondíamos a Orson y lo han encontrado.

—¿Crees que Proshiev lo vigilaba?

—Eso o... alguien se lo ha dicho.

Scott se mesó el pelo.

—¿Me estás diciendo que tenéis un topo en la policía?

—Es una posibilidad.

—¿Y que Prosniev puede estar al tanto de las grabaciones que hice?

—Sí.

—¡Dios!

Se giró hacia la ventana para que Pippa no lo viera tomar aire.

—La Policía Montada va a ponerte protección. No podrás viajar por el país, y menos al extranjero, y sería mucho mejor que no salieras de tu casa.

—¡De eso ni hablar!

—No has escuchado lo que te he dicho.

—No pienso permitir que hagáis de mí un preso. Soy un hombre de negocios. Tengo varias empresas, estoy constantemente en reuniones como la que has interrumpido, acompaño a mi equipo de baloncesto a competiciones, salgo en televisión. ¿Quién crees que se va a ocupar de todo eso en mi ausencia?

—No lo sé. Pero tú no podrás hacerlo.

—No voy a aceptar vuestra vigilancia. Tengo mi propia seguridad. Ellos se harán cargo de mi protección.

—Olvídate de ellos. Necesitas a policías especializados, no a unos aficionados que se echan la mano dentro de la chaqueta para parecer matones. Proshiev es un mafioso ruso. Un ma-fi-o-so, de esos que a la mínima planta a un hombre en un tiesto de cemento y lo tira al mar vivo, después de haberle obligado a presenciar el asesinato de toda su familia: mujer, hijos, padres y hermanos.

—No quiero un enjambre de policías a mi alrededor. Necesito trabajar.

—Quédate en tu casa y te protegeremos. Utiliza las redes: internet, skype, qué sé yo. Seguro que tienes una pantalla de esas enormes y puedes organizar reuniones desde casa.

—No he conseguido lo que tengo en conversaciones a distancia. No hay nada que sustituya un buen apretón de manos.

—Me da igual. Es innegociable. En menos de una hora tendrás aquí a un

par de compañeros.

—No van a pasar del vestíbulo. Estate segura de ello.

—Serán los mejores. Ninguno de tus guardaespaldas se podrá comparar con ellos. No dejaremos que te suceda nada.

—¿Dejaremos? —Scott elevó una ceja.

Le pareció que Pippa se sonrojaba por un instante. ¿Había sido un pensamiento inconsciente?

—La policía, quería decir.

—Lo acepto con una condición.

—¿Cuál?

—Que tú seas uno de ellos.

Pippa le dedicó una mirada gélida y luego se dirigió a la salida sin responderle. Al llegar a la puerta se dio la vuelta y él la contempló con admiración: estaba seguro de que había pocos hombres a los que esa mujer no pudiera doblegar.

—Menos de una hora. Dos policías debidamente identificados. Como cumplas tu amenaza y los mandes de vuelta a la comisaría, esta noche duermes en una celda. Voy a protegerte, Truman, lo quieras o no.

«Voy». Había dicho «voy».

Scott sonreía mientras abría la puerta de la sala de reuniones.

—Señores, ¿podemos retomarlo donde lo dejamos?



## CAPÍTULO 6

Scott se inclinó sobre el hombro de su secretaria y no tuvo ningún problema en identificar en la pantalla de circuito cerrado a los dos tipos altos y fuertes que discutían con Thomas, el de seguridad, como los dos policías que Pippa le había asignado para que le guardaran las espaldas.

—Muy bien, Silvia. Ya me voy. Mientras Thomas los entretiene, saldré por la puerta de mercancías. Usted no tiene ni idea de dónde estoy ni de cuándo volveré. ¿Entendido?

—Por supuesto que lo he entendido, señor Truman —replicó su secretaria ofendida ante la duda, y añadió con un leve toque de sarcasmo—: Le recuerdo que no es la primera vez que usa ese camino para evitar un encuentro incómodo.

Teniendo en cuenta que los encuentros incómodos a los que se refería su secretaria solían ser antiguas novias despechadas, Scott se limitó a sonreír mientras hacía un gesto de despedida con la mano.

En su despacho, cogió la chaqueta del perchero y fue poniéndosela mientras bajaba por la escalera de incendios. La sargento Philippa Bouchard iba a llevarse una sorpresa, pero ya era hora de que comprendiera que, por muy policía que fuera, Scott Truman no obedecía órdenes de nadie. Solo por imaginar la cara que pondría esa marisabidilla cuando se enterase de que había dado esquinazo a sus sabuesos, merecía la pena bajar andando los catorce tramos de escalera. Silbando, llegó a la salida y abrió la puerta metálica por la que entraban los camiones que abastecían al gigantesco estadio de todo lo necesario.

Como había ordenado a su propio equipo de seguridad, su Ferrari le

aguardaba oculto detrás de un camión de cerveza Moosehead. Abrió la puerta y, unos segundos después, conducía a toda velocidad en dirección al distrito de Winding Way.

≡ ≡ ≡

Acababa de sacar de la nevera la ensalada de pasta que le había dejado preparada la señora Lombardi, cuando sonó el timbre. Scott levantó el teléfono del portero automático y los ojos de la sargento Bouchard le lanzaron una mirada furiosa desde la cámara. Sonriente, dejó la fuente sobre la isla que ocupaba el centro de la cocina y fue a abrir la puerta.

—¡Phillippa Bouchard, qué sorpresa! —dijo, haciéndose a un lado para que pasara.

Ella entró con un ímpetu que levantó el aire a su alrededor y se enfrentó a él con los brazos en jarras.

—No tiene gracia, señor Truman. Esto no es una broma y no tiene edad para comportarse como un chiquillo jugando al escondite.

—No soy ningún chiquillo y puedo demostrárselo si quiere.

—¿Le importaría olvidarse por un momento de esos ingeniosos juegos de palabras que tanto parecen gustarle?

Debía reconocerlo, pensó Scott, la sargento Bouchard se ponía todavía más guapa cuando se enfadaba. Levantó ambas manos.

—Está bien. Reconozco que tiene derecho a sentirse molesta, pero no me gusta que me organicen la vida sin consultarme.

Pippa inspiró profundamente y habló en un tono más calmado:

—Creo que no es consciente del peligro que corre.

—Ya me dijo que Proshiev es un tipo peligroso, pero yo también puedo serlo.

Su comentario pareció divertirla.

—¿Tanto como para arrancar, una a una, todas las uñas de las manos de un pobre repartidor de pizzas de diecisiete años que sin querer arañó la carrocería de su Lamborghini con la moto? —Scott la miró fijamente, sin responder. Obviamente, no era ese tipo de «peligro» al que se refería—. El chico no está dispuesto a declarar; es más, cada vez que ve a un policía se cruza de acera como si temiera que alguien lo viera con ellos. No sé con qué lo habrá amenazado Proshiev, pero está claro que está aterrado.

Scott movió la cabeza con una mueca de desagrado y decidió cambiar de

tema.

—¿Has cenado? Estaba preparándome algo, así que si me acompañas a la cocina podemos hablar ahí. Espero que no te importe que te tutee, resulta ridícula tanta formalidad.

Pippa miró a su alrededor y, sin mostrar demasiado entusiasmo, empezó a caminar en la dirección que él le indicó.

Scott puso dos cubiertos, uno junto a otro, en la isla de la cocina y abrió una botella de vino tinto.

—Espero que te guste; es un Ribera de Duero que me traen desde España. Imagino que a estas horas ya estarás fuera de servicio.

—Yo no he dicho que quiera cenar contigo.

—Nunca quieres, siempre tengo que obligarte.

Scott llenó las copas de vino y por el rabillo del ojo la vio sonreír.

—Tienes suerte, porque estoy hambrienta.

—Perfecto. Hoy tenemos ensalada de pasta, una de las especialidades de la señora Lombardi.

En cuanto se sirvieron empezaron a comer.

—Hmm, riquísima. Qué maravilla tener a alguien que te prepare la comida.

—Solo entre semana y por falta de tiempo. Los fines de semana yo soy el chef, me encanta cocinar.

—¿Lo dices en serio? —Pippa lo miró sorprendida—. Me cuesta imaginarte entre cacharros.

—¿Por qué? ¿Porque soy el prototipo de hombre inútil?

—Más bien porque siempre pienso en ti como un hombre obsesionado con los negocios, creía que no tenías tiempo para nada más.

—Pues ya ves que te equivocas. Y, por cierto, me alegro de que tú dediques algo de tu valioso tiempo a pensar en mí.

Pippa puso los ojos en blanco.

—No tanto como crees, pero te felicito. Cocinar es mi asignatura pendiente.

—Así que la insobornable sargento de policía no sabe cocinar.

Scott dio un sorbo a su copa de vino sin apartar los ojos de ella, que daba cuenta de la ensalada con buen apetito. Le gustaba verla comer, lo hacía con entusiasmo. De repente se encontró pensando si haría otro tipo de cosas con el mismo entusiasmo y no pudo evitar excitarse.

Ella se encogió de hombros; era evidente que no se imaginaba por dónde

iban sus pensamientos.

—Soy experta en calentar comida en el horno, nunca me paso del tiempo que pone en la caja. —Se llevó el último tenedor de ensalada a la boca y apartó un poco el plato—. Y ahora que esta exquisita ensalada ha conseguido apaciguarme, me gustaría que habláramos en serio del protocolo que vamos a seguir a partir de ahora.

Scott rellenó las copas de vino y se recostó en el taburete.

—Tú dirás.

—Callahan y Stevens están ahí afuera, esperando mi señal.

—¿Tus sabuesos?

—Los dos profesionales que la Policía Montada de Canadá pone a tu disposición gratuitamente.

—Ya te he dicho que no pienso vivir rodeado de guardaespaldas.

Pippa lo miró con frialdad. En los ojos preciosos ojos azules no quedaba ni rastro de la diversión que había asomado a ellos durante la cena.

—Scott...

—Por fin vuelves a llamarme por mi nombre —la interrumpió en un intento de recuperar a la mujer relajada que había compartido la ensalada con él hacía apenas un minuto, pero no dio resultado. La irritante sargento Bouchard se tomaba su trabajo demasiado en serio.

—Antes de entrar he hecho un reconocimiento de los alrededores, y lamento comunicarte que el resultado no es demasiado alentador. Tu casa está completamente expuesta. El vecino más próximo está a más de doscientos metros, y cualquiera podría colarse por el embarcadero que da al río Rideau.

Scott empezaba a sentirse irritado por su insistencia.

—Tengo una valla perimetral que está conectada a una alarma que, a su vez, está conectada con una famosa empresa de seguridad y, por si eso fuera poco, también hay detectores de movimiento en el embarcadero. Soy un hombre rico, sargento, y no es la primera vez que me amenazan.

—Proshiev no es un criminal cualquiera. Es uno de los capos más poderosos de la mafia rusa en Canadá. Sus hombres son antiguos militares del ejército ruso, veteranos de las guerras de Siria y de Afganistán. Podrían desactivar todo tu sistema de seguridad en un abrir y cerrar de ojos.

Scott bebió otro trago de la copa.

—Si son tan poderosos, no sé qué demonios pueden hacer los tuyos para detenerlos. Al fin y al cabo, tendrás que reconocer que no os habéis lucido protegiendo a Daniel Orson.

La vio apretar los labios, como si tratara de contener la réplica que subía por su garganta. Unos segundos después habló de nuevo con calma.

—No cometeremos el mismo error contigo.

—¿Habéis averiguado ya si tenéis un topo dentro?

Ella hizo un leve movimiento de negación con la cabeza y Scott se lo agradeció; no le gustaba que le engañaran.

—Pero estamos trabajando en ello. Mientras tanto, hemos tomado las medidas necesarias para protegerte. No estoy dispuesta a que algo así se repita —afirmó tajante.

Scott se acabó el vino de un trago, dejó la copa sobre el mármol con un golpe seco y la taladró con la mirada que empleaba para que sus rivales en los negocios supieran que no iba de farol.

—Mira, Philippa Bouchard...

—Con Pippa es suficiente.

—Si quieres que deje que esos dos sabuesos me sigan a todas partes, tendrás que aceptar mis condiciones.

Pippa alzó una ceja, desafiante.

—¿Que entre yo también en el paquete?

—Exacto. En este asunto solo me fío de ti. Me sentiré más protegido si eres tú en persona la encargada de mi seguridad. Y no es negociable.

Pippa le lanzó una sonrisa llena de dulzura, aunque se notaba de lejos que tenía ganas de arañarle la cara.

—Y... ¿pretendes que también me quede aquí a dormir?

Los ojos grises de Scott relucieron con malicia.

—Si te empeñas... Incluso podríamos compartir la cama; es tan grande que ni siquiera tendríamos que rozarnos si no queremos, peero...

—Peero —lo imitó.

—No es eso lo que te propongo. —¿Era decepción lo que asomó a su mirada? Scott se regañó a sí mismo por dejarse llevar por la fantasía, a ese paso no iba a poder disimular que cada vez estaba más excitado. Joder con la sargento Bouchard, lo estaba volviendo loco. Hizo un esfuerzo para concentrarse en la negociación que se traían entre manos—. Por las noches me conformaré con la compañía de Tom y Jerry, pero, a cambio, quiero que tú no te separes de mí durante el día.

—¿En calidad de qué? No pienso hacerme pasar por una de «tus novias». —El tono burlón con el que pronunció esas dos últimas palabras le hizo rechinar los dientes.

—Qué pena, pero tampoco era eso lo que tenía en mente.

—Me tienes muy intrigada.

Sin hacer caso de su evidente sarcasmo, Scott dijo con firmeza:

—Mañana tengo una convención en Calgary. Durante los tres días que durará, serás mi secretaria. Mi secretaria... personal. —Le lanzó una mirada sugerente y le entraron ganas de reír al ver que, una vez más, ella ponía los ojos en blanco.

—¿Y Silvia? La gente sospechará.

—A Silvia le regalaré unas vacaciones pagadas en alguna playa paradisíaca y estará más que encantada de dejarte vía libre.

Pippa entornó los ojos con expresión de desconfianza.

—Me gustaría saber cuáles son las funciones de una secretaria... personal.

Scott se encogió de hombros con cara inocente.

—Nada especialmente complicado. Estarás disponible mañana, tarde y noche; en cualquier momento puedo necesitar que organices una conference call con un cliente en algún lugar del planeta, que mandes un email o que me sirvas un café. —Antes de que ella pudiera protestar, continuó—: A nadie le extrañará. Silvia me acompaña a todas partes; es mi mano derecha y la izquierda también, y tú ocuparás su lugar durante un tiempo.

La vio morderse el labio inferior mientras sopesaba la situación, y le entraron ganas de sujetar su rostro entre las manos y besarla hasta que ese cerebro hiperactivo dejara de funcionar. Esperó la respuesta con el corazón latiéndole acelerado en el pecho.

—Está bien. —Al oírla, Scott no pudo evitar lanzar un suspiro de alivio—. Creo que es una buena idea, así no llamaré la atención. Te aseguro que no dejaré que Proshiev y sus esbirros se acerquen a ti.

—No lo he dudado ni por un momento.

Se miraron a los ojos unos instantes, los suficientes como para que casi saltaran chispas entre los dos.

—Esto... Será mejor que me vaya a casa —dijo ella, azorada, levantándose del taburete.

—¿Tan pronto? ¿Ni siquiera te acabas el vino? —Señaló la copa que seguía llena; no quería que se fuera todavía.

—No, gracias, aún tengo un montón de cosas que hacer y el alcohol me da sueño.

De mala gana, Scott la acompañó hasta la puerta. Ya en el vestíbulo,

Pippa se volvió hacia él una vez más y le tendió un papel.

—Estos son los números de Callahan y Stevens. Si ves algo sospechoso no dudes en llamarlos.

Scott marcó un código en un teclado, y la verja que rodeaba la propiedad empezó a abrirse. Pippa se metió en su viejo Ford, que estaba aparcado en la entrada, arrancó y bajó la ventanilla.

—Ya sabes: aunque tú no los veas ellos están ahí afuera, protegiéndote.

—Qué bien, ya me siento mucho más tranquilo, sargento Bouchard.

Su sarcasmo se perdió en el aire helado, porque la sargento Bouchard aceleró y pronto desapareció en la noche.

## CAPÍTULO 7

No había tenido otra opción, le explicó a Petersen. Se convertiría en su sombra durante los tres días que duraba la maldita convención de empresarios de fabricantes de material deportivo en Calgary. Se sentía responsable de la seguridad de Truman, por muy arrogante y millonario que fuera. Ellos lo habían embarcado en la operación de Orson y ellos se asegurarían de que no fuera un «daño colateral» en su persecución de Proshiev y sus secuaces.

—Y otra cosa más: nadie podrá saber dónde estoy, excepto tú y el intendente Thompson —añadió ella.

Petersen asintió en silencio. Se le notaba taciturno y preocupado. Desde que habían descubierto que tenían un topo en el departamento, se habían repartido las tareas: ella continuaría con la investigación de Proshiev y él se centraría en descubrir al traidor entre sus compañeros. Una labor que no se la deseaba a nadie. Sin embargo, si no averiguaban pronto su identidad, sería una amenaza para la investigación y para todo el departamento, tal y como les había dicho el jefe Thompson.

—Que va a... ¿qué? ¿Se ha vuelto loca, sargento Bouchard? —El grito incrédulo del intendente cuando le dijo que se iba a convertir en la secretaria del presidente de los Owls durante los próximos tres días, la paralizó frente a su mesa, traspasó la puerta de su despacho y atravesó la sala de la comisaría como un trueno.

—Serán solo tres días e iré de agente encubierto. La convención va a reunir a numerosos ejecutivos de empresas, un ambiente en el que Proshiev se mueve bien... No quiero arriesgarme a que decida hacer algún movimiento contra Truman.



—¿Y para qué demonios tenemos a todo un departamento de la policía montada en Calgary? Haré una llamada para que se encarguen ellos de su protección —resolvió Thompson con el teléfono ya en la mano.

—No —replicó, cortante, Pippa—. Este caso es mío. Esta operación es mía y no pienso dejar a mi testigo en manos de otros que apenas conocen a Proshiev, ni cómo actúa. Nosotros lo hemos metido en esto y nosotros debemos protegerlo. Por otro lado, jefe, si le ocurre algo a Scott Truman, presidente de los Ottawa Owls, seremos el centro de todas las críticas, nuestro departamento quedará en entredicho.

El intendente colgó el auricular y la observó, pensativo. Tenía el ceño tan fruncido que sus cejas se habían unido en una sola, otorgándole un aspecto lúgubre y fiero al mismo tiempo.

—Está bien —concedió—. Pero aun así, informaremos al jefe del departamento en Calgary para que te dé cobertura en caso de necesidad. No quiero sorpresas, Bouchard.

Pippa no tuvo más remedio que acceder.

—De acuerdo. Me mantendré en contacto con los compañeros que me asignen allí.

—¿Sabemos algo de nuestro «topo»?

—Todavía no. Petersen está con ello, pero no va a ser fácil desenmascarar a un compañero con el que trabajas a diario.

—Pues dígame a Petersen que espero su informe antes de que finalice el día. Y usted, vaya con cuidado. No haga tonterías.

—No, jefe.

≡ ≡ ≡

Pippa se enfundó la pistola en la sobaquera antes de ponerse la chaqueta. De un vistazo, comprobó que lo llevaba todo. El coche de Truman la esperaba aparcado en la acera cuando bajó con su maleta. El chófer descendió y rápidamente se hizo cargo del equipaje, casi al mismo tiempo que Scott salía del coche para recibirla... y darle un repaso a su vestimenta de arriba abajo. Pippa aguantó el examen sin inmutarse. Había elegido una falda de tubo gris a juego con la chaqueta de raya diplomática y una sencilla camisa de seda blanca, con las que esperaba simular ser la eficiente secretaria del señor Truman.

—¿He pasado el examen, señor?

—Con sobresaliente. —Scott le franqueó el paso al asiento trasero del coche—. Te repito que puedes tutearme y llamarme Scott.

—¿Así le llama su secretaria? —preguntó, una vez acomodada en el interior.

—No, aunque lo he intentado. Para ella soy el señor Truman, pese a los años que lleva trabajando para mí.

—Entonces yo también le llamaré señor Truman.

—Como desees, Phillipa —dijo con una leve sonrisa asomada a la boca—. Por cierto, aquí tienes tu agenda de ayudante. Deberás estar atenta en todo momento y apuntar lo que yo te indique.

En ese instante, sonó el móvil de Scott. Como por arte de magia, su rostro y su voz adquirieron la dureza del hombre de negocios implacable que, sin duda, era. Pippa se tomó unos segundos para contemplarlo con tranquilidad. A pesar de su fama de duro y frío, Scott Truman no tenía el aspecto del típico tiburón de las finanzas; tal vez por su físico, más propio de un deportista que de un ejecutivo sedentario; o por su forma de vestir, poco convencional. Solo lo había visto con traje de chaqueta el día en que lo conoció en el juzgado. El resto del tiempo, como en ese momento, llevaba pantalones de corte vaquero en colores oscuros, jerseys de cuello alto o camisas de estilo moderno, o incluso, sudaderas de diseñadores que no debían de ser precisamente baratas. Sí, lo cierto es que Scott Truman era un tipo bastante peculiar. A lo largo de todo el trayecto, el presidente de los Owls no dejó de hablar por teléfono de transacciones, trasposos y cifras hasta que llegaron a la pista donde les esperaba el pequeño jet privado.

Pippa agarró su maleta y se dirigió con paso firme al avión sin esperarlo. Ni siquiera miró atrás cuando oyó que la llamaba desde la distancia, aunque no tardó en verlo aparecer por la puerta de embarque con expresión dura.

—Phillippa, te has olvidado la agenda en el coche —le dijo, tendiéndosela, para añadir en seguida con cierta condescendencia—: Debes de ser más cuidadosa, es tu herramienta de trabajo. Apunta, por favor: a las catorce horas, reunión con Henry Richards, presidente de Tannex; y a las catorce cuarenta y cinco, con el viceconsejero de deportes de Alberta. En esta última, deberás estar presente para tomar notas.

—¿Me lo dice en serio?

—¿Eres mi asistente o no? Creí que no deseabas separarte de mí ni un segundo. Si no te ves capaz, le diré a los organizadores que me proporcionen una secretaria. Y, por favor, deja de tratarme de usted. Parece que te has

tragado el palo de una escoba.

Pippa controló los insultos que le quemaban en la lengua. ¿Con que esas teníamos, eh? Bien, pues si él quería que fuese así, así sería. Ella se encargaría de que esos tres días fueran «inolvidables».

—Como quiera, señor Truman —respondió poniendo énfasis en la palabra señor. Podía obligarla a hacer su trabajo, pero ella se encargaría de mantener las distancias.

Realizaron el recorrido hasta el hotel en un tenso silencio, que rompió de nuevo el timbre de un móvil. Esta vez era el suyo, comprobó Pippa con disgusto. En la pantalla aparecía el nombre de Alice.

—Alice, no puedo atenderte ahora, estoy trabajando.

—Te llamo por si te apetece tomarte un café, estoy cerca de la comisaría. Quiero que me cuentes cómo fue tu «no-cita» con Rob. ¿Desde cuándo me tengo que enterar por Greg de que mi mejor amiga ha quedado con un hombre?

—Alice, para. No estoy en Ottawa en este momento. Y no fue... —Pippa observó de reojo a Scott que miraba por la ventana distraído y bajó la voz para agregar—: No fue una cita, Alice. Tomamos unas cervezas en una terraza, charlamos amigablemente y ya está.

—Dime que, al menos, te gustó.

—Alice, en serio. No puedo hablar ahora. Estoy en una misión. Tengo que colgar.

—Greg me ha dicho que a él le gustas, Pippa.

—Alice... voy a colgar.

—¡Pippa, no me dejes así! ¡Es muy duro reconocer que mi propio marido sabe más de tu vida amorosa que yo!

—¡No tengo vida amorosa! —exclamó Pippa más alto de lo que le hubiera gustado. Cuando quiso darse cuenta, los ojos de Truman la miraban fijamente, intrigados—. Alice, en serio. Te llamo yo cuando pueda.

Colgó antes de que Alice tuviera tiempo de replicar.

—¿Todo bien? —le preguntó él, con lo que parecía una sonrisa burlona.

—Maravillosamente bien.

≡ ≡ ≡

—Bienvenidos a Le Germain. —La joven recepcionista del hotel les recibió con una amplia sonrisa—. Aquí tienen la llave de su suite: la 1009. Les informo de que la recepción de bienvenida a la convención será a

mediodía, en el Salón de Actos que está en la primera planta. No tiene pérdida.

—¿Suite? —saltó Pippa al escucharla—. Yo había solicitado dos habitaciones standard. Revise la reserva, por favor.

Había pedido dos habitaciones estándar de un tamaño manejable y pocos recovecos, en uno de los pisos más elevados, situadas en el extremo de un pasillo y comunicadas por una puerta interior. La mejor defensa posible era adoptar las mayores medidas de precaución.

—Pero el señor...

Truman le sonrió y cogió las dos llaves que la joven había dejado sobre el mostrador.

—Es perfecto, muchas gracias. Es la planta décima, ¿verdad?

—¡Truman! —exclamó ella, indignada—. ¡Déjeme hacer mi trabajo! No voy a consentir que interfiera en mis...

—¿Su trabajo consiste en encerrarme tres días en una habitación diminuta y funcional? —la interrumpió—. Creo que después de tantos años, me he ganado el derecho a decidir dónde y cómo quiero alojarme en cada momento. Usted, si lo desea, puede quedarse con la habitación estándar.

—No me lo haga más difícil, Truman. Estoy aquí para velar por su seguridad, pero eso no significa que renuncie a mi intimidad.

—Relájese, Phillipa. No va a pasar nada. Y salvo por el pequeño detalle del tipo de habitación, el resto de sus requerimientos se han mantenido, ya lo verá.

Pippa no tuvo más remedio que claudicar. Siguió a Truman hasta el moderno ascensor acristalado, donde ambos subieron en silencio y sin apenas mirarse hasta el décimo piso. La suite se hallaba, efectivamente, al final de un largo pasillo. Scott abrió la puerta y le franqueó el paso caballerosamente a una elegante sala de estar, decorada en tonos azules y beis, dos veces más grande que el pequeño salón-cocina-despacho de su apartamento. Pippa se fijó en las dos puertas dispuestas en sendos lados de la sala que, supuso, conducirían a las habitaciones. Sin darle opción a elegir, abrió la de la derecha y entró en la más amplia, acogedora y maravillosa habitación en la que hubiera dormido jamás. Soltó el equipaje sobre la banqueta y se dejó caer en la enorme cama con un suspiro de cansancio. No habían empezado con buen pie, estaba claro. Y eso no la ayudaba en nada, así que decidió limar asperezas con el cabezota de Scott en cuanto tuviera ocasión. Mientras echaba un vistazo al baño —dotado de un increíble jacuzzi que le hizo plantearse si

no le habría escamoteado a Truman su dormitorio «presidencial», se comió uno de los bombones que la camarera había dejado sobre la almohada. Sin dudarle ni un segundo, atravesó la sala de estar y se adentró en el dormitorio de su protegido sin siquiera llamar a la puerta. Obviamente, fue un descuido imperdonable; no debió de hacerlo; la imagen a la que se enfrentó la dejó bastante descolocada: Truman estaba en camiseta interior; tenía el cinturón desabrochado y parecía a punto de bajarse los pantalones cuando ella irrumpió en la habitación.

—Oh, vaya... Lo siento. Solo comprobaba si... —dijo ella a modo de excusa.

Él se detuvo y la miró con un brillo divertido en los ojos.

—Ya veo.

—Pensaba revisar su habitación por si... —Sus ojos recorrieron la línea curva de los anchos hombros y descendieron, no sin admiración, por los atractivos brazos de músculos definidos—. Esto... ya sabe, por seguridad... pero mejor lo dejo para...

—Phillippa, revisa lo que quieras —dijo él, sin darle mayor importancia—. Me cambiaré en el baño. A no ser que también quieras revisarlo... —dijo, guiñándole un ojo.

—¡No! —exclamó, con las mejillas ardiendo; ella, que jamás se ruborizaba—. Es decir... no ahora. Luego. Más tarde. Cuando...

—Cuando quieras —la cortó, al tiempo que cerraba la puerta del baño.

En realidad, había poco que revisar. El dormitorio era prácticamente idéntico al suyo y compartían una bonita terraza con vistas sobre la ciudad, como pudo comprobar ella misma. Esa era otra de las razones por la que había descartado las suites. Todas las que hacían esquina, tenían terraza. Y eso implicaba una posible vía de entrada para alguien que pudiera descolgarse por la fachada. Pippa comprobó los entrantes y salientes, la distancia con el piso inmediatamente superior e inferior y también la que había hasta la azotea. Siete plantas, contó; demasiadas como para llegar sin ser visto. Hablaría con el equipo de seguridad del hotel para asegurarse de que reforzaran la seguridad perimetral del edificio.

—¿Está todo según tus deseos, sargento?

Se giró sobresaltada al oírlo a su espalda. Se había vestido con una elegante camisa azul celeste a rayas, corbata y pantalones de vestir, llevaba el pelo húmedo y olía muy bien. Desesperantemente bien.

—Digamos que es correcto, señor Truman —respondió, marcando de

nuevo las distancias.

—¿Correcto solo? —Su boca se distendió en una pequeña sonrisa—. Acéptalo: la suite es tan segura como lo pudiera ser una de esas habitaciones enanas en las que querías meternos.

—Creo que esas habitaciones serían incluso más grandes que mi propio apartamento en el centro. Es un hotel de cinco estrellas, por favor.

—¿Vives sola?

—Usted es de los que nunca se rinden, ¿verdad? —Hizo hincapié en el «usted».

—Venga, Phillipa —Truman se apoyó en la barandilla en una postura relajada y la miró a los ojos—. Estoy seguro de que tú lo sabes todo sobre mí. Incluso el nombre de la última mujer con la que he salido.

Pippa sonrió disimuladamente. Claro que lo sabía. Lo había investigado a conciencia.

—Vivo sola.

—¿Tu familia es de Ottawa?

—Me crié en Edmonton, aunque no tengo familia. Mi madre murió hace tres años y ya no me queda nadie allí.

—Lo siento.

—Oh, no lo sienta —replicó en voz queda, con la vista puesta en la línea de rascacielos que surcaban el cielo de Calgary—. Estoy bien. Tengo un grupo de buenos amigos en Ottawa y... mi trabajo. Es todo cuanto necesito.

—Ah, cierto. Tu amiga... ¿Alice? Se preocupa mucho por ti, al parecer.

El tono amable la hizo girarse hacia él, sorprendida. La miraba con una expresión tan sincera y relajada, que ella también relajó un poco la estricta norma interna que le impedía tutearlo.

—Alice es mi mejor amiga y no deberías poner la oreja en conversaciones ajenas.

—Por más que hubiera querido no escuchar, era imposible, Phillipa. Y tampoco quería, lo confieso. Presto mucha atención a todo cuanto me interesa —reconoció sin tapujos—. Entonces... ¿no tienes pareja?

—Ni aunque me reencarnara en un papagayo le hablaría de mi vida amorosa, Truman —dijo, volviendo a tratarlo de usted. De alguna forma, se sentía más cómoda así.

—Eso es toda una declaración de intenciones, Phillipa. Pero no dudes de que en estos tres días, conseguiré derribar ese muro de chica dura que has construido a tu alrededor. No tendrás escapatoria.

—¿Qué se apuesta?

Él la miró en silencio unos segundos. Luego sonrió y antes de que Pippa pudiera reaccionar, le recorrió la mejilla con la mano en una suave caricia que la hizo estremecerse de arriba abajo. Quiso protestar por ese inesperado gesto de intimidad, pero las palabras se resistieron a salir de su boca.

—En este tipo de cuestiones, nunca apuesto. Prefiero confiar en mis propias habilidades, que son muchas, te lo advierto.

Y eso también sonaba a una auténtica declaración de intenciones.

## CAPÍTULO 8

El día había sido muy largo. Pippa estaba agotada. Llevaba desde el amanecer con todos los sentidos alerta. Y no solo porque tenía que proteger a Scott sino porque, para mantener su tapadera, estaba obligada a no perder detalle de todas y cada una de las negociaciones de este con sus clientes, proveedores o quienes fueran. Aquella era la sexta reunión del día y no veía la hora de que el hombre al que protegía decidiera marcharse a descansar.

Recibió con alivio el apretón de manos entre Scott y Daniels, uno de los proveedores de mobiliario deportivo para el estadio de los Ottawa Owls.

—Habrás que sellar el acuerdo de alguna otra manera, ¿no? —sugirió Daniels, señalando la salida de la sala de reuniones.

¿Qué?! Pippa estuvo a punto de romper la regla número uno de la perfecta asistente e intervenir. Scott le quitó la palabra de la boca.

—Te seguimos —aceptó él.

En cuanto Daniels se dio la vuelta, Pippa negó con la cabeza, pero él ya la empujaba con suavidad hacia el bar.

—No es una buena idea —le susurró Pippa por el camino.

Scott se hizo el inocente.

—¿Qué? ¿Tomar algo con mi asistente y un colega?

—Es un lugar público en el que puede entrar cualquiera y....

—¿Y pegarme dos tiros? —Sonrió divertido mientras cruzaban la puerta que separaba el bar del hall del hotel—. Para eso cuento con la protección de la mejor miembro de la Policía Montada de Canadá.

Pippa estaba a punto de contestar que no le veía la gracia por ningún lado, cuando atisbó un movimiento sospechoso con el rabillo del ojo. Se



volvió a toda velocidad para encontrarse solo con un par de adolescentes que entraban atropelladamente en el local. Por suerte, no había echado mano a la pistola que escondía bajo la chaqueta.

—Relájate, Phillipa, y piensa qué te apetece beber.

Pippa retomó la pose de la asistente eficaz y avanzó hacia Daniels que los esperaba hablando con el camarero. Pidió un ginger-ale, mientras que ellos brindaban con un par de copas de vino. Pippa escuchaba la conversación a retazos, más pendiente de lo que sucedía alrededor. En un momento, uno de los agentes que le había asignado la policía de Calgary se asomó por la puerta y cruzaron una señal de entendimiento. Todo seguía tranquilo. Los hombres pidieron una segunda copa y Pippa comenzó a relajarse.

Durante la conversación se enteró de que Scott no solo era el propietario de los Ottawa Owls, sino que también había comenzado a patrocinar a un equipo de niños con discapacidad física cuyo entrenador era Bruce Ross, el archiconocido capitán del equipo. Y parecía que Scott estaba empeñado en convencer a Daniels para que realizara una aportación económica a la fundación de esos chicos.

—A falta de dos partidos van los segundos en la competición —les explicaba Scott con un entusiasmo inusual en él. —Tendrías que verlos cruzar la pista como galgos, empujando sus sillas. Jeff, el capitán, es fantástico. Tiene el mejor ranking de triples del año y Miguel es capaz de encestar en medio de varios trompos. Ese equipo llegará lejos, ya lo verás.

—¿De qué edades son? —se interesó Pippa.

—Entre trece y dieciséis años, pero incluso los más pequeños tienen una voluntad de hierro. No faltan a ningún entrenamiento por complicado que lo tengan —comentó con tono de admiración.

Pippa sonrió ante su entusiasmo. Era la primera vez que Scott Truman se comportaba como un ser humano con sentimientos. Había desaparecido todo rastro de la frialdad que le acompañaba siempre. Bueno, menos las veces que intentaba seducirla, reconoció, en las que se mostraba encantador con ella. Así que Scott Truman tenía corazón. Por alguna razón, le encantó descubrirlo.

Scott continuó explicándoles que si el equipo de los chicos conseguía ganar la liga del campeonato escolar, al año siguiente jugaría en la nacional sub-17 y se medirían con otros con mucha más experiencia que ellos.

—Los chavales no pueden estar más entusiasmados. Son unos auténticos campeones.

A Pippa le hubiera gustado seguir oyendo lo que contaba, pero la

discusión entre dos tipos sentados a su lado llamó su atención. Todos sus sentidos se pusieron alerta dispuesta a intervenir si era necesario. Las voces aumentaban de intensidad a cada momento hasta que ambos hombres se pusieron en pie. La pelea empezó con un fuerte empujón y continuó con los puños en alto. Un camarero intentó separarlos, sin mucho éxito.

—Creo que ha llegado la hora de marcharse —dijo Pippa, poniéndose en pie.

Scott, sin embargo, hizo como si no le hubiera oído. Estaba claro que estaba a gusto.

Antes de que Pippa pudiera insistir en su deseo de salir de allí, los tipos entablaron un auténtico combate de boxeo. Uno de ellos le propinó un puñetazo tan fuerte al otro, que cayó sobre la espalda de Pippa, arrastrándola contra la barra.

—Pero ¿qué...? —Scott saltó de la banqueta con la rapidez de un rayo. Le quitó al tipo de encima y lo empujó a un lado. Se veía de lejos que estaba completamente borracho, pero eso no frenó a Scott, que se enfrentó al hombre cuando este se incorporó de nuevo.

—¿Tú quién crees que eres para tocarme? —gritó.

—Alguien que va a obligarte a disculparte con la señorita.

El borracho se rio de él. Pippa ya se había recuperado del golpe contra la barra y agarró a Scott del brazo para sacarlo de allí antes de que la cosa se pusiera más fea, pero él se mantuvo firme en su sitio.

—¿Qué señorita? ¿Esta? —preguntó el borracho al tiempo que se balanceaba a uno y otro lado—. Una furcia, es lo que parece. Seguro que solo sirve para que te la...

Scott hizo lo que Pippa nunca pensó que haría: su puño salió disparado contra la cara del otro. Le hubiera roto la nariz si ella no le hubiera agarrado el brazo para parar el golpe.

—Ni se te ocurra hacerlo —masculló.

El borracho se rio de él y gritó a sus amigos que acababa de encontrar a un cobarde. Pippa notó la tensión muscular del brazo de Scott. Este tenía los dientes apretados y los ojos clavados en ella.

El silencio en el bar era total. Los pocos clientes que quedaban habían enmudecido, pero nada era comparable con la cara de estupefacción de Daniels.

—No..., no sabía que... —balbuceó el hombre, confuso. —Será mejor que...

Le estrechó la mano a Scott y se marchó a todo correr.

Scott callaba, pero Pippa sabía que luchaba por controlar la ira. No le dio tiempo a que reaccionara. Lo enlazó por el brazo y lo empujó hacia la salida.

El día se había acabado. Al entrar en el ascensor, Truman se apartó de ella, molesto. Una chica rubia entró tras ellos y Scott clavó la mirada en su espalda. Pippa se sintió aliviada al no tener que escucharlo. Tampoco le dirigió la palabra por el pasillo, ni una vez que estuvieron dentro de la suite, a salvo de oídos indiscretos.

Scott se dirigió a su habitación sin siquiera mirarla. Pippa lo siguió dispuesta a aclarar lo ocurrido.

—Scott...

—¡No pienso tolerar otra situación como esta! ¿Has visto la cara que se le ha quedado a Daniels? Debe de estar pensando que soy un cobarde. ¡Mañana a primera hora la mitad de los empresarios de este maldito país hablarán del pelele de Scott Truman que consiente que su secretaria le salve la cara! En el mundo empresarial, soy un tipo duro, de los que saben lo que quiere y no cesa hasta conseguirlo. ¿Sabes en qué situación me pone esto?

Pippa intentó conservar la calma.

—¿Me acusas de querer protegerte?

Pero Scott estaba fuera de control.

—¡Protegerme! ¿De un borracho impresentable? ¿A eso os dedicáis ahora en la policía? —bufó—. Mañana a primera hora llamaré a tus superiores. Se acabó esta locura.

Pasó por delante de ella como un panzer sin conductor y con el acelerador atascado. Cruzó la habitación y se metió en el baño. Las paredes temblaron cuando se cerró la puerta.

Pippa la abrió de golpe y se enfrentó a él.

—¿Cómo que se ha acabado? ¿Quién lo dice?

—¡Yo!

—¡Nunca creí que fueras un inconsciente!

—¡Inconsciente! ¿Yo?

—¡Sí, tú! Todavía no te has enterado, ¿eh? ¿No sabes a quien te enfrentas? —Le clavó un dedo en el pecho—. Esos de los que te estamos protegiendo son unos ASESINOS. La mafia rusa no se anda con tonterías. Te volarían la cabeza en el instante en que Proshiev hiciera así. —Chasqueó los dedos al aire—. ¿Te quejas de que quiera protegerte? —Volvió a hundir el

índice en su esternón, furiosa—. ¡Esa es la única razón por la que estoy aquí! Y si para mantenerte a salvo tengo que romperte un brazo, ¡lo haré, Scott Truman! ¡Nadie te hará daño mientras yo esté de guardia, maldita sea! Eres, eres...

Scott la miraba fijamente, anonadado por la intensidad de su discurso. Callaba y esperaba. Ella se mordió los labios cuando se dio cuenta de lo que había estado a punto de decir. Pero Scott Truman se jactaba en privado de conocer bien la condición humana y no se le había pasado por alto que la reacción de Pippa había sido desproporcionada. Y tenía una leve esperanza.

Con un rápido movimiento, la cogió por las caderas y la pegó a él. La besó. Con fuerza, con rabia, con el descontrol de la adrenalina a flor de piel. Ella intentó escabullirse, pero Scott se lo impidió. Se hizo paso hasta el interior de su boca y la obligó a unirse a él. No le dejó otra alternativa. Scott la deseaba, la había deseado casi desde que la conoció. Que ella lo rechazara una y otra vez era un juego, divertido y frustrante. Y disfrutaba de cada encuentro.

La besó y siguió haciéndolo hasta que los labios de Pippa se amoldaron a los suyos, hasta que su lengua se unió a la suya, hasta las manos de ella le quitaron la chaqueta y le sacaron la camisa del pantalón. La besó y no dejó de hacerlo cuando cayeron sobre la cama ni cuando le desató la falda y le arrancó los botones de la blusa. Coló dos dedos por debajo de sus braguitas y Pippa se arqueó para él.

## CAPÍTULO 9

El calor de los dedos masculinos por debajo de la ropa interior la quemó como un hierro al rojo, pero fue el prolongado gemido que escapó de su propia garganta el que la devolvió de golpe a la realidad. ¡A qué demonios estaba jugando, joder! Follarse a sus protegidos no formaba parte de su trabajo.

Apoyó las palmas de las manos en el pecho desnudo y trató de apartarlo.

—¡Scott, espera! ¡Espera un momento! —Pero el dueño de los Ottawa Owls estaba tan perdido en su propio deseo que ni siquiera la oyó.

Muy a su pesar, Pippa se vio obligada a recurrir a las tácticas de defensa personal que había aprendido en la academia. Con un súbito movimiento que lo cogió completamente desprevenido, lo obligó a rodar sobre la espalda de modo que ella quedó sentada a horcajadas sobre su pecho. Con otro movimiento todavía más rápido, sacó de un bolsillo disimulado en la cinturilla de la falda las esposas que siempre tenía a punto. Dos segundos después, Scott, esposado al cabecero de hierro de la cama, la miraba sorprendido.

—No es que me queje, pero creo que aún nos falta confianza para dedicarnos a estos juegos. —Su voz profunda sonaba ligeramente entrecortada y el poderoso pecho, cubierto por una ligera capa de vello rubio, subía y bajaba con un ritmo desigual.

Pippa se cruzó la camisa —ahora sin un solo botón— para ocultar sus pechos, cubiertos tan solo por el fino encaje del sujetador.

—Puede que haya sido un poco drástica, pero necesitaba que me prestaras atención. —Su respiración también seguía muy agitada.

—Enhorabuena, lo has conseguido: has captado toda mi atención. —Se

notaba que Scott estaba furioso, pero que hacía esfuerzos para hablar con calma.

—No te enfades. Hemos estado a punto de meternos en un buen lío. Por suerte, he conseguido recobrar la cordura a tiempo; pero tú estabas embalado y no se me ha ocurrido nada mejor para frenarte.

—¿Embalado? ¿Yo? —Saltaba a la vista que su elección de palabras no le había entusiasmado—. ¡Eres tú la que estabas embalada! Si no te hubieras abalanzado sobre mí, nada de esto habría pasado.

Pippa se apresuró a defenderse de aquella injusta acusación.

—¿Que yo me he abalanzado sobre ti? No sueñes, por favor. Reconozco que quizá, tras la tensión que vivimos en el bar y la discusión que siguió por lo cabezota que te pusiste después, haya perdido un poco... —Hizo un esfuerzo para apartar los ojos de esos pectorales marcados que atraían su mirada como si estuvieran conectados a un potente imán—... el foco.

Scott lanzó una carcajada en la que no vibraba ni rastro de humor

—El foco. No me hagas reír. Prácticamente me has arrancado la camisa y el botón del pantalón. —Con un gesto de la barbilla, se señaló la entrepierna.

Incapaz de resistirse, los ojos de Pippa se posaron en el considerable bulto que los pantalones abiertos apenas lograban contener y tragó saliva.

—Exacto. Tú eres la única culpable de mi estado. —Al oír su tono burlón, Pippa se obligó a mirarlo a los ojos, de los que había desaparecido la furia para ser reemplazada por un brillo mucho más peligroso.

—Bueno, digamos que los dos somos culpables al cincuenta por ciento —contemporizó, consciente de que cuanto antes terminaran con esa discusión sin sentido, mejor—. Está claro que nos encontramos atractivos el uno al otro algo que, por otro lado, tampoco tiene mucho misterio: los dos somos jóvenes, estamos sanos y somos moderadamente bien parecidos. En otras circunstancias, nos iríamos a la cama unas cuantas veces y punto, pero ahora no podemos permitirnos el lujo de dejarnos llevar.

—Y ¿por qué no podemos? —Scott frunció el ceño como un niño malcriado.

—Porque es poco profesional. Porque si mi jefe se entera, me mata. Porque me puede hacer bajar la guardia y costarte un disgusto. Porque... — Pippa se detuvo sin aliento antes de zanjar la cuestión definitivamente—. Porque no eres el tipo de hombre con el que me apetece tener un lío.

Scott dio un respingo al oír aquello.

—¿Qué no soy el tipo de hombre con el que...? ¿Por qué demonios dices

que no soy tu tipo de hombre?

Pippa apretó los labios para disimular una sonrisa. Aquella furibunda reacción le hizo saber que él no estaba acostumbrado a que las mujeres lo rechazaran, algo que, por otra parte, podía entender sin problemas. Scott Truman era poderoso, millonario y peligrosamente atractivo; una combinación letal que a la mayoría de las mujeres se les subiría a la cabeza.

—¡Y no te rías!

—No me estoy riendo.

Una carcajada incontenible desmintió sus palabras. Scott le lanzó una mirada amenazadora.

—Suéltame si te atreves, y veremos si sigues riéndote de mí.

Sonriente, Pippa negó con la cabeza.

—¿Crees que después de decirme eso me voy a atrever a soltarte?

—No puedes dejarme aquí atado el resto de mi vida.

Scott dejó caer la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos. De pronto, el ambiente se había distendido por completo, y Pippa notó que él también hacía esfuerzos por reprimir una sonrisa.

—Si prometes que serás bueno, te soltaré.

—Hmm. Creo que no puedo prometerte eso. Salvo...

—¿Salvo?

—Salvo que estés dispuesta a hacer algo que me haga olvidar lo mal que me has tratado en los últimos minutos.

Ella negó con firmeza:

—Sabes que no podemos ir por ese camino. Es demasiado peligroso y nada profesional.

Scott lanzó un profundo suspiro y sacudió la cabeza con evidente frustración.

—Veo que eres todavía más terca que yo. Está bien, nos comportaremos de ese modo «profesional» que tanto te gusta —dijo sarcástico— y seguiremos como hasta ahora, pero solo hasta que ese maldito Proshiev se encuentre a buen recaudo. En cuanto ese fantoche esté entre rejas, terminaremos lo que hemos empezado esta noche.

Pippa asintió, aunque en el fondo estaba segura de que él perdería el interés mucho antes, y repitió palabra por palabra:

—Hasta que Proshiev esté a buen recaudo.

Si pensaba que Scott dejaría ahí el tema, se equivocó.

—Pero, entretanto, me darás algo que me haga esperar ese futuro con

ilusión.

—Algo como... —imitó su tono sugerente.

—Sargento Bouchard, estoy seguro de que no te falta imaginación.

Una vez más, sus palabras le provocaron una sonrisa.

—Hmm... déjame pensar.

Scott volvió a apoyar la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

—Tranquila, no voy a ninguna parte.

Pippa contuvo un suspiro. Cada día que pasaba descubría algún atractivo nuevo en la personalidad llena de contrastes del hombre al que se veía obligada a proteger. Scott Truman tenía un genio muy vivo y también un curioso sentido del humor; era ambicioso y podía ser despiadado en los negocios, pero se emocionaba como un niño cuando hablaba de ese equipo de chiquillos en silla de ruedas que patrocinaba; tampoco le importaba mostrarse frío e indiferente, aunque acababa de comprobar hasta qué punto quemaba su pasión.

No había sido fácil resistirse al deseo que la había embargado unos minutos antes y, desde luego, tenerlo allí sobre la cama, medio desnudo y a su merced, tampoco la ayudaba demasiado a dejar a un lado los pensamientos — bastante indecentes— que pasaban por su cabeza.

—Aquí sigo. Esperando.

La voz grave la hizo reaccionar y, con una sonrisa perversa en los labios, se inclinó sobre su pecho. Scott abrió los ojos al instante.

—¿Te importa? —Pippa lo miró con expresión inocente—. Así llego mejor a las esposas.

—No, no me importa para nada —respondió él con un susurro ronco.

Pippa echó una ojeada por encima de su hombro y comprobó que la excitación de su protegido había cobrado más fuerza si cabe. Siguiendo el mismo impulso travieso, se inclinó sobre su rostro, dejando que la blusa se le abriera y que sus pechos le rozaran la punta de la nariz. Lo oyó inspirar con desesperación y, sin perder la sonrisa, deslizó la mano con delicadeza a lo largo del musculoso brazo desnudo hasta tocar el acero que rodeaba una de las muñecas.

En ese momento, Pippa notó el calor de la lengua masculina sobre el fino encaje que cubría uno de sus pezones y se apartó unos centímetros. Scott levantó la cabeza y fue detrás de ella con avidez, hasta que las esposas que lo sujetaban al cabecero detuvieron su avance.

Pippa chasqueó la lengua varias veces.



—Chico malo —dijo burlona.

Con un gruñido de frustración, Scott se dejó caer de nuevo sobre la almohada.

—Un poco más —suplicó.

—Solo si me prometes que te comportarás cuando te libere.

—¡Lo juro!

Incapaz de resistirse a la tentación de tener a un tipo como Scott Truman en su poder, Pippa bajó la cabeza y empezó a trazar un sendero de besos leves. Empezó en el esternón y, muy despacio, rodeó el pequeño pezón, duro como un guijarro, subió por la axila, el brazo y el antebrazo, hasta detenerse en la muñeca. Entonces, sacó la diminuta llave de las esposas y se apresuró a liberar una de sus manos.

Scott, al que esa exquisita tortura había arrancado varios elocuentes gemidos de placer, dejó caer el brazo y, sin dejar de mirarla a los ojos, dijo:

—Más.

Con la respiración cada vez más acelerada y la misma lentitud, Pippa repitió el procedimiento en el otro brazo y, en cuanto lo liberó por completo, optó por poner una cierta distancia de seguridad y se refugió al pie de la cama.

Recostado contra el cabecero y con ambos brazos caídos a lo largo del cuerpo, Scott no trató de detenerla. Con los ojos clavados en ella y sin hacer el menor esfuerzo por ocultar la rigidez de su miembro, susurró:

—Date prisa en atrapar al hijoputa de Proshiev, porque no puedo esperar a que ese futuro que me has prometido se convierta en presente.

Era tal la intensidad de su mirada que, de pronto, Pippa sintió miedo; miedo de perder la cabeza por segunda vez en su vida, esta vez por un hombre tan distinto de ella que jamás podrían llegar a nada serio. Decidida a impedir que leyera en sus ojos el súbito temor que se había apoderado de ella, Pippa apartó la mirada y habló con una calma que no sentía:

—Por lo pronto, te daré las buenas noches. Mañana nos espera un día tan movido como el de hoy, así que será mejor que descansemos.

Se volvió para marcharse, pero antes de llegar a la puerta, la voz de Scott la detuvo.

—Pippa... —Sin soltar el pomo, ella se volvió a mirarlo—. Sueña conmigo.

Pippa se agarró aún más fuerte al pomo de la puerta para no dar media vuelta, abalanzarse encima de él y terminar de una vez lo que habían empezado

esa noche, sin necesidad de esperar la llegada de ese futuro incierto. Pero echando mano de todo su autodomnio, salió del dormitorio que ocupaba él sin decir nada.

## CAPÍTULO 10

Pippa paseó su mirada vigilante, una vez más, por los rostros embelesados del público que escuchaba el discurso de Scott Truman sobre el escenario. Debía admitir que el imponente propietario de los Owls se desenvolvía bastante bien con el micrófono; allí, de pie ante un centenar de jóvenes aspirantes a empresarios, se mostraba relajado, sonriente, cercano. Nada que ver con la faceta de hombre duro, serio e implacable que solía exhibir en sus reuniones de negocios. ¡Pero si hasta había hecho alguna broma a costa de sí mismo y de su papel como presidente de los Owls!

Pippa lo contempló unos segundos más, con una mezcla de sentimientos que iban de la admiración a la ternura y, de ahí, al deseo. Apenas unas horas antes había tenido a ese hombre tendido en la cama bajo sus piernas, firme como una roca, rendido a sus caricias y tan adorablemente excitado, que había estado a punto de hacer una tontería. Un latigazo de deseo volvió a recorrer su bajo vientre solo de pensarlo. Liarse con Scott Truman era una mala idea; lo era ayer y lo seguiría siendo mañana, por mucho que le atrajera.

Hizo una seña de reconocimiento al agente de seguridad que supervisaba el recinto y luego prestó un poco de atención a las palabras de Scott:

—Si tras la muerte de mi padre alguien le hubiera dicho a aquel chico rabioso y enfadado con el mundo que, treinta años después, sería el dueño de una de las mayores empresas de material deportivo de Canadá y presidente de un club de baloncesto que juega en la NBA, me hubiera liado a puñetazos con él. Habría pensado que se estaban burlando de mí, en serio. Por eso, nunca deis nada por sentado, nunca os rindáis; nunca os pongáis límites; soñad a lo grande, pero avanzad paso a paso, sin perder de vista vuestro horizonte. Os lo

dice alguien que tuvo que luchar mucho contra sí mismo antes de lanzarse a comerse el mundo.

Un estallido de frenéticos aplausos llenó el auditorio durante varios minutos. Scott recibió la ovación con una inmensa sonrisa de satisfacción antes de bajar del escenario. Pippa le siguió unos pasos por detrás, en silencio. No quería interrumpir su momento de gloria. Había estado verdaderamente impresionante. Sin embargo, no pudo evitar ponerse en tensión cuando varias personas lo rodearon con intención de abordarlo, entre ellos, un joven enfundado en una amplia chaqueta negra que lo miraba con cierta ansiedad. Pippa se abrió paso a codazos entre el grupo y agarró a Truman del brazo para sacarlo de allí, pero él se resistía a dejarse llevar. Había entablado conversación con una chica joven y guapa que había comenzado a apuntar algo en un cuaderno.

—Debemos irnos.

—Tranquilízate, Phillippa. Esta situación es de lo más normal tras una conferencia.

Cuando quiso replicarle, ya se había dado media vuelta y atendía a otro joven.

—Señor Truman, soy Ernie Whitesea. —El chico de la chaqueta negra le cortó el paso cuando ya no quedaba nadie alrededor. Pippa se pegó a Scott, en actitud defensiva—. Le escribí un correo hace un año para contarle nuestro proyecto de cooperativa de merchandising deportivo. Me dio un par de buenos consejos.

Truman lo observó fijamente unos instantes, como si estuviera haciendo memoria.

—Ernie Whitesea, sí —dijo al fin, con una sonrisa—. Lo recuerdo. Era una cooperativa de jóvenes que habían estado recluidos en centros de internamiento ¿verdad?

—Eso es, señor. La cosa es que pusimos en marcha la cooperativa siete compañeros y yo, y me preguntaba si podríamos hacerle una presentación de nuestros productos. Los fabricamos de manera artesanal, uno a uno, con la mejor materia prima del mercado. Es una producción pequeña, pero de mucha calidad. He traído un catálogo. —El joven extrajo con cuidado un folleto de una carpeta de cartón y se lo tendió con mano temblorosa—. Tal vez podría interesarle para su red de tiendas deportivas.

—Podría ser... —Scott ojeó el folleto con verdadero interés y a continuación le preguntó—: ¿Dónde tenéis la fábrica?

—En Carstairs, un pequeño pueblo entre Calgary y Red Deer.

—Bien. Hagamos una cosa: voy a decirle a mi jefe de compras que se ponga en contacto con vosotros para acordar una visita a vuestra fábrica. Si lo convencéis a él, comenzaremos a hablar de números y condiciones. ¿Te parece bien?

El rostro del joven se expandió en una sonrisa inimitable.

—Me parece estupendo, señor. ¡Gracias, señor!

—Primero tendréis que convencer a Robson, y te aseguro que es un hueso duro de roer.

—¡Lo haremos, señor! ¡No se arrepentirá, señor! —dijo el chico mientras se alejaba con saltitos de alegría.

Scott lo despidió con una sonrisa divertida. Pippa lo observaba embobada. ¿Quién demonios era este tipo que pasaba de duro negociador a benefactor de causas difíciles en menos de lo que canta un gallo?

—¿Por qué me miras así?

—¿Sueles hacer esto a menudo?

—¿El qué?

—Esto de hacer malos negocios con chicos de dudosa fiabilidad.

—Siento contradecirte, sargento, pero mi experiencia personal me dice que si estos chicos hacen lo que dicen que hacen, será uno de los mejores negocios que me lleve de esta convención. Dale una oportunidad a un chico a quien le han negado todas y te lo devolverá multiplicado por diez.

—Truman, Truman, Truman... en el fondo, eres un idealista.

—Hubo alguien que me la dio a mí cuando creí que jamás saldría de aquel pueblo inmundo en el que me crié. Confió en mí cuando ni siquiera yo lo hacía y, a día de hoy, no hay nada que no hiciera por él si me lo pidiera.

—¿Incluso arriesgar tu vida?

—El nunca me pediría algo así, pero sí, arriesgaría mi vida y todo lo que tengo por Don Frankz si fuera necesario.

El resto del día transcurrió sin ningún incidente digno de mención, lo cual eran buenas noticias para Pippa. Tres reuniones, una mesa redonda y una visita de las autoridades locales después, se derrumbó en uno de los sofás del hall. Había avisado a sus colegas de que se ausentaba unos minutos; ellos se harían cargo de la vigilancia. Se permitió relajarse unos instantes, mientras Scott conversaba unos metros más allá con uno de los concejales que acompañaban al alcalde en su visita, rodeado de grandes medidas de seguridad. Por un rato, podía respirar tranquila. Disimuladamente, se quitó los zapatos que le

apretaban los pies como si fueran de cristal, recostó la cabeza contra el respaldo del sofá y cerró los ojos. Unos segundos, solo unos segundos.

≡ ≡ ≡

Fue como si le faltara algo. Miró a su alrededor y no vio a Pippa. Paseó la vista alrededor buscándola entre el personal de seguridad del alcalde, pero no la encontró. ¿Dónde demonios estaba? Se disculpó con el concejal y se alejó unos pasos del grupo, preocupado. Ella jamás lo habría dejado solo. Empezaba a conocerla un poco y podía asegurar, sin riesgo a equivocarse, que nunca había conocido a una mujer más tozuda y concienzuda que la sargento Bouchard a la hora de realizar su trabajo. Revisó su teléfono móvil por si tenía algún mensaje, pero nada. Ni rastro de ella.

Cuando estaba a punto de acercarse a uno de los agentes locales para preguntar por ella, la vio. Su figura se ocultaba a la vista tras las hojas de un gran ficus, pero allí estaba: totalmente dormida en un sofá, con los pies descalzos y la boca entreabierta. Se acercó a ella y permaneció un rato contemplándola en silencio. Tenía una expresión tan serena, tan apacible y distinta a la sargento fría y profesional que él conocía, que le dieron ganas de cogerla en brazos para llevársela a la habitación y acostarse a su lado. En vez de eso, se sentó junto a ella y deslizó el dedo muy despacio por el contorno de su rostro hasta llegar a su boca, que delineó como si fuera una obra de arte. El suave contacto hizo que ella se humedeciera los labios rosados instintivamente. Ni siquiera el hombre más insensible del mundo hubiera podido resistir la tentación ante esos labios mullidos y apetecibles. Scott se inclinó y los besó con una leve caricia, apenas sin rozarlos. Sabían a melocotón y a algo muy muy dulce.

—Phillippa, hora de despertar —dijo, jugueteando con uno de sus mechones de pelo.

Su única reacción fue volver la cabeza al otro lado.

—Phillippa... —canturreó en voz baja, sin ningún éxito. Decidió probar otra táctica—: Phillippa... despierta... me acaban de disparar. Estoy herido —susurró junto a su oído.

Ella pegó un respingo y se incorporó de golpe, con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Te han disparado? ¿Dónde? ¿Quién?

—Estoy bien, estoy bien. No ha pasado nada, solo quería despertarte.

Parecías la Bella Durmiente.

—¡Déjate de tonterías! ¡Me has pegado un susto de muerte! ¿Cómo puedes ser tan inconsciente? —protestó mientras se calzaba los zapatos.

—De acuerdo, perdóname... pero te he llamado varias veces y como no reaccionabas, temía que tus compañeros te pillaran completamente dormida en acto de servicio —mintió, al tiempo que señalaba a los dos agentes que charlaban animadamente en el otro extremo del hall.

Pippa lo miró con ojos suspicaces, pero no dijo nada más.

—Yo ya he terminado por hoy —afirmó Scott—. Pensaba subirme a la habitación y descansar un rato antes de la cena.

—Como quieras. Vamos —dijo ella incorporándose.

—No hace falta que me acompañes, Pippa.

—Claro que hace falta. A partir de este momento, dejo de ser tu querida «secretaria» para convertirme en la implacable sargento encargada de protegerte, ¿recuerdas? Tendrían que pagarme doble sueldo por esta jornada a tiempo completo.

Habían llegado hasta el ascensor y Pippa apretó el botón de llamada.

—¿No te pagan bien en tu trabajo?

—¡Por supuesto que me pagan bien! No me estoy quejando.

—¿Nunca te has planteado... dedicarte a otra cosa?

Ella lo miró como si le hubiera salido un enorme grano de pus en la cara.

—¿A otra cosa? ¿Qué cosa? ¡Me encanta mi trabajo! ¡Me encanta ser sargento!

—No sé... a algo menos peligroso, supongo. Algo tipo... responsable de seguridad en una empresa, por ejemplo.

Pippa soltó una carcajada que retumbó en las paredes del ascensor.

—Por favor.

—A mí me suena bastante bien: analizar los riesgos y amenazas externas de una empresa, diseñar las medidas de seguridad que necesita, gestionar y organizar sus recursos. —Recostó la espalda contra la pared del ascensor y clavó sus ojos grises en los suyos antes de añadir—: No hay tanta gente preparada y experta en ese campo.

—Es posible. Sin embargo, no va conmigo. Me gusta la investigación policial. Soy adicta a la adrenalina que genera mi cuerpo cada vez que detenemos a un delincuente peligroso y resolvemos un caso. ¿Sabes el gusto que da eso? Es casi tan bueno como una noche de sexo con...

—De acuerdo. Lo he pillado —cortó él con sequedad—. Tema cerrado.



Tuvo un mal sueño y de pronto, estaba despierta. Abrió los ojos en la oscuridad. La luna llena se colaba por las rendijas de la gruesa cortina. Estaba en su habitación de lujo, en medio de esa cama tamaño king size, perfecta para matrimonios mal avenidos, y eran las... Miró el reloj: dos y veinte de la madrugada.

«Maravilloso», suspiró, consciente de que le costaría coger de nuevo el sueño. Algo le rondaba por la cabeza, algo le preocupaba, aunque no conseguía definir qué era. En esos momentos era cuando de verdad echaba de menos a su madre. Cada noche cuando volvía a casa tras el trabajo, se sentaba con ella un rato en el sofá y le contaba lo que había hecho, lo que le preocupaba, lo que deseaba conseguir. Ella la escuchaba con atención y siempre tenía la palabra justa para ayudarla a expresar aquello que le rondaba la mente sin saberlo.

Desde que se había marchado de Edmonton, llegaba a su apartamento solitario, encendía la televisión, se preparaba un sándwich y se sentaba a cenar sin prestar demasiada atención al programa de turno. Le daba igual uno que otro: le bastaba con escuchar las voces al otro lado de la pantalla para desatascar sus propios pensamientos. Intentó recordar alguna imagen del sueño, sin éxito.

Al día siguiente regresarían por fin a Ottawa y podría pedirle al capitán el relevo en la vigilancia de Truman durante un par de días. Lo necesitaba. Necesitaba poner un poco de distancia con ese hombre.

También necesitaba un cigarrillo. Sí, lo había dejado, pero en esas noches de desvelo la única forma de conciliar de nuevo el sueño era con ayuda de un cigarrillo. Le calmaba la mente, la amodorraba un poco. Se levantó de la cama, se dirigió al cuarto de baño y rebuscó en su neceser. Allí solía guardar, al menos, un pitillo para emergencias. Emergencias como la de esa noche, por ejemplo. Cogió el cigarrillo, la minúscula cajetilla de cerillas, y se envolvió en el albornoz del hotel para salir a la gran terraza desde la salita de estar que separaba ambas habitaciones. La terraza se extendía hasta la habitación de Truman, pero ella se quedaría allí mismo, sin moverse. La luna iluminaba el contorno de los edificios de la ciudad que se desplegaba ante ella. Encendió el cigarrillo y le dio una larga calada que le supo a gloria. Se arrebujo en el albornoz y se apoyó en la barandilla, más relajada. Hacía



frío, pero se sentía bien. Despejada, tranquila.

—¿Te has desvelado? —oyó la voz grave y susurrante de Truman a su espalda.

Ella apenas se giró; lo miró por encima del hombro. Le dio otra calada larga al cigarrillo antes de responder:

—Sí, un mal sueño.

—Yo ni siquiera me he podido dormir. Es una noche bonita, pero la luna da demasiada luz. —Él se apoyó a su lado en la barandilla—. Te he oído salir.

—Cuando me desvelo, necesito fumarme un cigarrillo antes de volver a la cama.

—No es mala idea. ¿Me das una calada?

—¿Fumas?

—No. Pero si a ti te funciona...

Ella le tendió el cigarrillo en silencio.

—Me relaja. Mi madre decía que un cigarrillo en el momento oportuno tenía los mismos efectos que una copa de buen whisky. Solo había que elegir bien el momento y el whisky.

La boca de Truman se arqueó en una leve sonrisa.

—Bueno es saberlo. Debía de ser una mujer especial, tu madre.

—Lo era. Era increíble. La persona más fuerte y más luchadora que conozco. Sin su apoyo, no sé si hubiera podido convertirme en policía. Mi padre no quería, decía que era un mundo demasiado oscuro y agresivo para una chica. Pero mi madre me animó porque decía que si el mundo es así de agresivo es porque no ha habido suficientes mujeres al mando para cambiarlo. Y que yo lo haría mejor. —Pippa inhaló aire con fuerza y bajó la cabeza, intentando disimular su emoción por los recuerdos. No quería mostrarse débil ante Scott Truman. Alzó la cabeza y forzó una mínima sonrisa—. Olvídalo. Soy una tonta.

—Ni hablar. —Scott se movió a su espalda y sus brazos la rodearon desde atrás con fuerza. Pippa notó su aliento cálido junto a su oreja—. Solo la echas de menos.

Pippa asintió con un movimiento de cabeza.

—Me entendía tan bien que, a veces, ni siquiera necesitaba expresarme con palabras. Parecía leerme el pensamiento, incluso cuando ya casi no podía ni levantarse de la cama. Entonces me pedía que me tumbara a su lado y se dedicaba a peinarme con los dedos mientras yo le contaba cómo había sido mi

día. Le encantaba conocer los detalles de mis detenciones.

—Ya veo. De tal palo... —La estrechó un poco más fuerte.

Pippa se dejó llevar, recostó la cabeza contra su hombro y en seguida notó cómo él depositaba un suave beso en su coronilla.

—Jamás seré tan fuerte como ella. ¿Sabes que se negó a morirse hasta que no le enseñé mi petición de traslado a Ottawa? Los médicos no entendían cómo podía resistir tanto, sin apenas fuerzas. Y tuve que hacerlo. Tuve que pedir mi traslado para que dejara de sufrir por mí.

—Era lo que ella quería. Hiciste lo correcto.

—Sí. Hice lo correcto. —Suspiró antes de darle otra larga calada al cigarrillo, que ya estaba en las últimas.

—Déjame acostarme esta noche contigo, Phillipa.

Le gustaría, sí. Esa noche se sentía especialmente vulnerable; si hubiera estado en Ottawa, habría llamado a Alice, se habría adueñado de un rincón del sofá en el que acurrucarse junto a su amiga y se habría quedado a dormir con ellos. Pero no estaba en Ottawa, estaba en Calgary. Y Scott Truman no era su amigo, era la persona a quien debía proteger. No podía dormir con él, no debía. Pippa se revolvió entre sus brazos y se giró para responderle.

—No hace falta, Scott. Estoy bien. Necesito dormir para mantener alerta mis cinco sentidos.

—No estaba pensando en el sexo.

—Lo sé y te lo agradezco. Pero mañana nos espera un día largo, y quiero tener la mente totalmente despejada, las ideas muy claras.

Eso pareció molestarle.

—¿Alguna vez desconectas, Phillipa? ¿Alguna vez eres solo Phillipa y no la eficiente sargento de la policía montada de Ottawa?

—Claro. Alguna vez, cuando los malos se quedan en sus casitas con sus familias y se portan bien —dijo, con tono irónico. Apagó el cigarrillo contra la barandilla de hierro y añadió—: Que descanses, Truman.

Lo único que oyó Pippa a su espalda fue un enorme resoplido de disgusto.

## CAPÍTULO 11

Se incorporó de repente. ¿Qué la había despertado de nuevo? Se mantuvo a la escucha unos segundos. Nada. De la calle, apenas le llegaba el sonido de las rodadas de los pocos coches que circulaban a esas horas; del interior de la suite, nada de nada. Miró el teléfono móvil: eran las cuatro y media de la madrugada; todavía quedaban unas horas para que amaneciera. Aquel sería el último día de la convención y estaba deseando que terminara para poder regresar a Ottawa. Tener a Scott en la habitación de al lado, a unos metros de ella, era al mismo tiempo extenuante y placentero. Por un lado, le encantaba estar a su lado y descubrir el hombre que se escondía debajo de la personalidad de empresario de éxito y de los trajes caros. Pero por otra, estaba mentalmente exhausta de permanecer alerta día y noche —no había dormido seguido desde que salieron de Ottawa— y agradecería que Petersen la sustituyera, aunque fuera por un día.

Fue pensar en su compañero y acordarse de Orson. No había vuelto a preguntar por él. No eran horas, lo sabía y, sin embargo, probó por ver si por casualidad Petersen estaba igual de desvelado que ella. Estaría durmiendo en una silla a la puerta de la habitación del hospital. Le mandó un *wasap*. Seguro que no lo veía, pero solo por si acaso...

«¿Qué tal van las cosas? ¿Cómo sigue Orson? ¿Lo sacamos adelante?»

Se quedó unos segundos mirando el teléfono y esperando una respuesta. Estaba ya a punto de volver a arrebujarse debajo del edredón cuando la pantalla se iluminó.

«Sargento, ¿qué hora es en Calgary? Porque aquí son las cinco de la madrugada. ¿Qué cojones haces despierta a estas horas?»

Tardó dos segundos en marcar el número de su compañero.

—Así que te ha tocado hacer guardia esta noche —se rio Pippa.

—Esta y la de ayer y la de anteayer y la anterior. Parezco la novia de este tío. Solo me falta acercarme a la cabecera de su cama, cogerle de la mano y cantarle una nana —gruñó el policía.

—¿Cómo sigue?

—Saldrá de esta y de aquí antes de lo que imaginábamos. Si vieras las comidas que se pega. Ya podían darme a mí la mitad de lo que zampa este tío. Estoy con un bocadillo de atún más pequeño que mi mano.

—Te vendrá bien para reducir la barriga —bromeó Pippa antes de preguntar por lo que le interesaba—. ¿Cómo está el ambiente? ¿Sabemos algo de Proshiev? ¿Ha intentado algo?

—Aparte de disfrutar de la buena vida, nada de nada. Se limita a comer, beber y salir con mujeres, todo de lo más inocente.

—¿Y sus hombres?

—Se portan como angelitos de la guarda. Si Orson se echa atrás y decide no testificar, lo único que tendremos contra el ruso es la grabación y el testimonio de Truman; y no sé si eso será suficiente para enchironarlo.

—Orson testificará, estoy segura. Sabe que en la cárcel no estará a salvo de los rusos. Y sabe demasiado. Y en caso de que no lo haga... creo que Scott Truman hablaría ante la fiscalía.

—Me han dicho que el otro día tuviste un susto.

—Una falsa alarma —le quitó hierro Pippa—. Una pelea de borrachos en el bar del hotel; preferí sacarlo de allí. La convención está ocupando bastantes líneas en los periódicos de la ciudad y quería evitar que Truman saliera en las noticias locales. De lo nuestro, Petersen, ¿has podido averiguar algo?

Su compañero resopló al otro lado de la línea.

—Sargento, no nos estamos equivocando, ¿verdad?

—No lo creo. ¿Qué posibilidades había de que Proshiev averiguara lo del piso franco donde teníamos a Orson, a menos que alguien de dentro se lo hubiera soplado?

—¡Joder, sargento, un puto chivato! —masculló.

—¿Te has enterado de algo? —preguntó de nuevo Pippa.

—Ya sabes que no he estado mucho tiempo en la comisaría estos días...

—Pero ha sido suficiente para que sospeches de alguien. Petersen, trabajamos juntos y conozco tu olfato. ¿Qué has visto?

—Mira que si algo de esto se sabe; si se enteran de que les he estado

vigilando y luego resulta que ninguno...

Pippa se estaba impacientando con tanto ir y venir.

—¿Quieres que te lo jure por mi madre, Petersen? ¿No confías en mí? Que me parta un rayo si sale de mi boca nada que pueda comprometerte.

—Ok. Dame un segundo, no estoy solo ahora —susurró.

Pippa entendió que pasaba alguien por el pasillo del hospital. Oyó un saludo en la voz de una mujer y la contestación del policía.

—¿Puedes hablar ya?

—Está bien —accedió él por fin—. Ayer pedí que me relevaran de la vigilancia por la mañana para poder estar en mi mesa. Fingí tener bastante lío con el papeleo y le conté al jefe que me habías pedido que comprobara la identidad de unos tipos que se habían acercado a Truman. Tendrás que cubrirme con eso.

—Sin problemas —accedió Pippa.

—Estuve observando a Stevens, a Muller, a Mirka, a Callahan, a McNeil, a Godin, a Harris y a Robinson.

La lista agotó a Pippa.

—¿Y?

—En general, todo normal. Revisé sus informes, las agendas, sus llamadas. Todas las llamadas se registraron en la centralita. Me aseguré de eso. Me pasé media mañana junto a la señora Parker.

Pippa estuvo a punto de echarse a reír al imaginarse a su compañero intentando camelarse a la telefonista de la comisaría.

—Hay otras muchas maneras de hablar con el exterior —sugirió Pippa.

—¡Joder, si hasta entré a los servicios cada vez que lo hacía uno de ellos! Te aseguro que no hablaron con nadie extraño.

—Están los correos electrónicos —masculló Pippa—. Esto va a ser más complicado de lo que imaginaba.

—Igual no tanto —reconoció Petersen.

—Así que hay algo. ¿De quién sospechas?

—Pregúntalo en plural.

Pippa se incorporó en la cama.

—¿¡Dos! ¡Tenemos dos posibles topos!? ¿Quiénes son?

—Callahan y Muller.

Pippa infló los carrillos y dejó escapar el aire muy despacio. Mantenerse serena ante situaciones como aquella era su especialidad.

—Te escucho.

—Pillé a Callahan tres veces entrando y saliendo del archivo. No salió con ninguna carpeta, así que lo que fuera a consultar lo hizo allí. He confirmado que no tiene ningún caso importante entre manos, solo el de un camello asesinado en el centro de la ciudad y otro en las aduanas, ya sabes. Nada que justifique tener que consultar expedientes antiguos.

—¿Y el otro? ¿Quién es el otro?

—Muller.

—¿Zackary Muller? ¿Zackary no ha roto un plato en su vida!

—No pensarías lo mismo si hubieras estado ayer conmigo.

—¿Qué hizo?

—Desaparecer. Se largó hasta en cinco ocasiones.

—¿Sabes por qué? ¿Le interrogaste? ¿Dijo algo?

—Sabía que me lo preguntarías, pero como no quería arriesgarme a que desconfiara de mí, hice algo mucho mejor: conseguí que se lo preguntara la señora Parker.

—¿Y? —se impacientó Pippa.

—La primera vez masculló algo de necesitar un café caliente, las tres siguientes eran por problemas en casa y la quinta no sé qué del banco. Todo mentiras.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cuándo has visto tú tomar café a Muller? Además es soltero, ¿no?

Pippa se lo pensó un momento.

—De acuerdo.

—Odia el café. Me lo dijo en una ocasión cuando se me cayó el mío encima de su mesa. Y vive solo, de eso estoy seguro. Cogí su móvil de la mesa una de las veces que le llamó el jefe. ¿Sabes que no lo tiene bloqueado? Cualquiera puede ver sus llamadas y nadie le llamó aquella mañana, ni al teléfono móvil ni al del trabajo: la señora Parker me lo dijo.

—¿Y la tercera?

—Tardó casi una hora en regresar cuando su banco está a la vuelta de la esquina junto a la tienda de alimentación de los Dimitrou, esa donde hay siempre una mujer sentada a la puerta. Me pasé por allí al salir del trabajo. Conocen a Muller, suele pararse a comprar queso y yogures griegos, y la esposa de Dimitrou me aseguró que Muller ayer no entró en el banco. Y además, me enteré también por la señora Parker que lleva varias semanas haciéndolo.

—¿Haciendo qué?

—Largándose de la oficina a cualquier hora.

Pippa se dejó caer sobre la almohada.

—Muller y Callahan —repitió para sí.

—Sí, uno de los dos, o ninguno.

—O los dos. Si alguno de ellos es el topo, tenemos que conseguir que salga de su madriguera.

—¿Tenderle una trampa?

Pippa asintió, segura.

—Utilizaremos a Daniel Orson para descubrirlo.

—Habrá que poner al jefe en antecedentes.

—Yo me encargo —se adelantó Pippa, aunque no estaba nada segura de ir a hacerlo—. Dices que Orson está bastante bien....

—Tal y como traga, te apuesto a que en menos de dos días lo ponen de patitas en la calle. A este se le acaba pronto el chollo de comer y dormir a cuenta del Estado. Te lo digo yo.

—Bien. Mañana quiero que indagues con las enfermeras cuándo está previsto que le den el alta. En cuanto lo sepamos, estaremos preparados: un rato antes de que saquemos a Orson del hospital, les dirás a Callahan y a Muller que el juez ha llamado a declarar a Orson al juzgado. Tendrás que simular que confías plenamente en ellos.

—¿Crees que dará resultado?

—¿Alguien más aparte de nosotros conoce la existencia de un topo? —preguntó Pippa. Petersen lo negó sin dudar—. ¿Sospechan algo de ti?

—Ni lo más mínimo.

—Entonces, lo creerán y mientras tanto, trasladaremos a Orson a un piso franco donde podamos mantenerlo a salvo. Si Proshiev o cualquiera de sus matones aparecen por los juzgados los tendremos.

—¿Y cómo sabremos cuál de los dos es el topo?

—Lo descubriremos, no te preocupes. ¿Conoces algo más repugnante que un policía traidor? —Pippa se imaginó la cara de asco de Petersen al otro lado de la línea—. Espera a que se entere el resto de los compañeros. La sala de interrogatorios se convertirá en la peor de sus pesadillas. Confesarán, no tengo ninguna duda.

Abrió la boca en un bostezo mientras lo decía.

—¿Sueño, eh, sargento?

—Estoy deseando que termine esta vigilancia —confesó mientras se acurrucaba entre las sábanas.

—Y yo. Tú al menos, tienes una cama. Yo estoy harto de dormitar en un sillón de escay del que me levanto como si me hubieran puesto treinta años sobre la chepa.

Pippa contuvo una risilla somnolienta al imaginar al pobre de Petersen con treinta años más, encorvado sobre esos dos alambres que tenía por piernas.

—Buenas noches, Petersen.

—¿Buenas? Eso lo dirás tú —gruñó enfadado y, sin embargo, añadió—: Descansa bien, lo necesitarás cuando vuelvas.

—Hmm —fue lo único que Pippa consiguió contestar.

≡ ≡ ≡

Al día siguiente, Truman le informó de que debía regresar a Ottawa unas horas antes de lo previsto: el consejero delegado de una compañía china con la que tenía importantes negocios acababa de llegar a la capital canadiense. Pippa casi lo agradeció: la tensión de los días pasados en Calgary comenzaba a pasarle factura.

Pocas horas después, el jet privado tomó tierra en la pista del aeropuerto de Ottawa con la suavidad de una pluma y allí los esperaba el elegante vehículo negro de Scott. Había empezado a llover, así que el coche se aproximó despacio hasta detenerse al pie de las escalerillas. El chófer descendió con diligencia para hacerse cargo del escaso equipaje que traían y, una vez acomodados en el cálido interior, Truman extrajo un pequeño portátil del respaldo del asiento y se abstraigo en la pantalla. Pippa lo miró de reojo. Cuando se concentraba en sus asuntos, su rostro adquiría una expresión impenetrable que le resultaba de lo más apetecible. Le daban ganas de besarlo con el único fin de romper esa máscara de dureza. Sin embargo, decidió no tentar a la suerte y aprovechó ese rato de tranquilidad para llamar a su jefe. Sentía una necesidad imperiosa de ir a su apartamento para cambiarse de ropa y relajarse un par de horas lejos del magnetismo que irradiaba Scott Truman.

—Lo siento, Bouchard —le respondió el jefe tras escuchar atentamente el rápido informe que le hizo de su último día en Calgary—, no contaba con que regresaras antes de lo previsto a Ottawa. En estos momentos no tengo a ningún agente que pueda sustituirte. Tendrás que apañarte hasta que pueda liberar a algún compañero.

Pippa suspiró, cansada.



—De acuerdo, jefe. Estaré pendiente.

Se guardó el teléfono y recostó la cabeza contra el respaldo del asiento.

—Podemos pasar antes por tu casa, si lo necesitas —le ofreció Scott que, al parecer, había estado más atento a la conversación de lo que parecía.

—No hace falta, gracias. Tengo cuanto necesito hasta que llegue mi relevo. Mientras tanto, no te vas a librar de mí tan fácilmente.

—Estaba deseando que dijeras algo así —bromeó él—. Chester, ve directo a casa sin pasar por la oficina.

—Perfecto, señor.

No volvieron a hablar hasta que llegaron ante el portón de la propiedad que rodeaba la moderna casa de Scott. Un guardia de la seguridad privada les saludó al pasar. Una vez dentro, Pippa fue la primera en salir del coche. Echó un vistazo alrededor, por si notaba algo raro, pero no vio nada. Estaba todo en orden. En ese instante, el zumbido de su móvil vibró en el bolsillo de su abrigo.

—Sargento —Pippa reconoció al instante la voz de su compañero Petersen—. El médico acaba de decirnos que Orson tendrá el alta a primera hora de la tarde.

—¿Tan pronto?

—Te lo dije.

—De acuerdo. No pasa nada, yo me encargo de la protección de Truman. Seguimos con el plan. Antes de nada, informa al jefe; que Matt Stevens y Mirka se ocupen de llevar a Orson al piso franco. Y luego, cuando todo esté listo, dile a Callahan y a Muller que el juez ha citado a Orson a declarar esta misma tarde. Debemos desenmascarar al topo cuando antes: los rusos irán de nuevo a por Orson y esta vez no fallarán.

—Bien. Lo tendré todo listo.

Cuando Petersen estaba a punto de colgar, Pippa recordó algo.

—¡Eh, Petersen!

—¿Qué pasa ahora —gruñó su compañero.

—Ten mucho cuidado.

≡ ≡ ≡

Petersen extrajo otro cigarrillo de la cajetilla y lo encendió. Aspiró una gran bocanada que exhaló lentamente hacia afuera a través de la ventanilla del coche.

—Tío, acabas de apagar uno, no enciendas otro —protestó Paul, su compañero, sentado en el asiento del copiloto.

—Llevamos aquí dos horas de brazos cruzados y no ha aparecido nadie. Ya ha anochecido...

—Otra noche que cenamos frío, Petersen. Estoy harto de los sándwiches de lechuga y los kebab grasientos —se quejó el agente—. ¿Por qué crees que Proshiev o sus hombres van a venir a los juzgados? ¿Crees que planean algo?

«Sí, tienen que finalizar el trabajito de Orson. ¿Dónde demonios se han metido?», pensó Petersen con la vista puesta en el otro coche encubierto de la policía, estacionado junto al aparcamiento. «¿Y si no vienen hoy? Peor todavía: ¿Y si ni Callahan ni Muller eran los topos?».

La radio de la policía comenzó a emitir un mensaje pidiendo refuerzos: «Atención a todos los agentes. Tiroteo en la 39 Loeper street, dos agentes y dos individuos armados y peligrosos.

¡El 39 de Loeper street era la dirección donde se hallaba el piso franco! ¡Maldita sea! ¡Orson!

—¡Arranca, Paul! ¡Vamos a atender esa llamada! —Petersen colocó la sirena sobre el techo del coche y cogió el micrófono de la radio para avisar a la comisaría de que ellos ya estaban en camino—. Písale fuerte, tenemos que llegar cuanto antes. Están allí dos de los nuestros.

Llegaron al mismo tiempo que otro coche patrulla. Petersen se bajó pistola en mano y corrió hacia la entrada de la casa. Le extrañaba tanto silencio. Se pegó a la pared contigua a la puerta y se asomó con cuidado.

—¿Mirka? ¿Stevens?

No oyó nada. Divisó a Paul situado en otra esquina de la puerta y los otros dos policías recién llegados fueron por detrás. Petersen le hizo una señal a Paul y se adentró con cuidado en el interior de la casa. Los muebles estaban volcados, las cortinas arrancadas, un reguero de sangre hacia la puerta del salón vaticinaba lo peor.

—¡Stevens!

—¡Aquí! —una voz le llegó a sus oídos débilmente. Petersen avanzó por el pasillo. Abrió la puerta despacio y ojeó el interior: vio al policía en el suelo, recostado contra un sillón, malherido en el hombro.

—¿Qué ha pasado, Stevens? ¿Dónde está Orson?

Stevens le indicó con un gesto de la cabeza el lado de la cama oculto a los ojos de Petersen, quien se aproximó para ver el rostro aterrado del presidente de los Ontario Stars. Aparte de un rasguño en la oreja, estaba bien.

—¿Y Mirka?

—La perdí de vista cuando comenzó el tiroteo.

—La casa está vacía, Petersen —le dijo Paul, que acababa de aparecer tras él—. No hay nadie más.

—Me dijo que me llevara a Orson a la zona trasera, pero no pude llegar: un pistolero nos cortó la salida —dijo Stevens con un gesto de dolor—. Nos estaban esperando, colega. Sabían que veníamos con Orson y conocían la casa.

—Tranquilo, Matt. Tú no te preocupes, nosotros nos encargamos. No te muevas, que los chicos de la ambulancia ya están aquí —dijo al oír la característica sirena afuera.

Petersen apretó los dientes de rabia. Había sido Mirka. Esa maldita mujer le había dado el soplo a Proshiev delante de sus narices. Le había engañado como a un chino y él le había contado más de lo que le gustaría reconocer. Rápidamente calculó los daños que esa información podía hacerles: Daniel Orson estaba a salvo. Sin embargo, si el topo era Mirka, también sabría que Truman había colaborado con ellos y que había visto a Proshiev en el estadio de los Ontario Stars. Y eso suponía...

—¡Joder! Paul, avisa al intendente, dile que mande refuerzos a la casa de Truman. ¡Pippa los va a necesitar! ¡Quédate con Orson! ¡No lo pierdas de vista ni un instante! —gritó al tiempo que corría hacia la puerta con el móvil en la mano. Tenía que avisar a Pippa para que estuviera preparada—. ¡Y dile también que voy de camino a la casa de Truman!

Pippa no cogía el teléfono. Arrancó el coche y pisó a fondo del acelerador. No podía fallarle a su compañera.

## CAPÍTULO 12

Pippa colgó el teléfono y echó una última mirada a su alrededor antes de entrar en la casa. La tarde era fría y el viento agitaba con fuerza las ramas de los árboles del jardín; todo parecía estar en orden. Cerró la puerta y conectó la alarma perimetral antes de dirigirse a la cocina. La cálida tarima de madera oscura crujía bajo sus pies y, de nuevo, admiró los elegantes volúmenes del interior de la mansión.

Como la vez anterior, Scott había puesto la mesa en la isla del centro y en ese momento servía un poco de vino en unas copas de cristal.

—Hmm... qué bien huele.

—Como estaba seguro de que te empeñarías en venir, le he dicho a la señora Lombardi que se esmerase y nos ha preparado una de sus especialidades: risotto ai funghi porcini. —Depositó un plato lleno de arroz humeante encima de cada mantel—. Buon appetito!

Todavía era temprano, pero afuera había comenzado a anochecer y Pippa estaba muerta de hambre. Mientras cenaban, charlaron de temas intrascendentes, y fue al terminar cuando ella le puso al día de sus planes:

—Acabamos de hacer un movimiento táctico para obligar a Proshiev a mover ficha. No puedo darte más detalles, pero espero que pronto acabemos con todo esto. Así que cruza los dedos; con un poco de suerte, ya no tendrás que aguantar mi presencia en tu casa mucho más tiempo.

Scott se la quedó mirando con fijeza, pero los ojos grises eran como espejos y ella no fue capaz de adivinar lo que se escondía tras ellos.

—Uno: me gusta tu presencia en mi casa —dijo al fin—. Dos, te recuerdo tu promesa: en cuanto esto acabe, terminaremos lo que empezamos en la suite

del hotel.

Su expresión era fría y no había ni rastro de pasión en su voz; sin embargo, Pippa sabía que lo decía muy en serio, porque ella sentía la misma frustración.

—Yo siempre cumplo mis promesas. —Alzó la copa de vino en un brindis y añadió en un tono provocativo—: Porque llegue cuanto antes ese momento.

Scott alzó su copa sin despegar los ojos de ella y la chocó contra la suya.

—Cuanto antes —repitió.

De pronto, la temperatura en la cocina había subido varios grados y los dos permanecieron mirándose a los ojos un buen rato, hasta que Pippa apartó la vista y dejó la copa en la mesa.

—Han sido tres días intensos, será mejor que lo dejemos aquí. Si el plan funciona, mañana será un día todavía más intenso.

Pippa se levantó y empezó a recoger los platos y a meterlos en el lavavajillas.

—Sabes, Philippa —después de guardar los manteles y las servilletas en su sitio, Scott se colocó a su espalda y apoyó las manos en sus caderas—, creo que se me va a hacer muy larga la espera hasta que llegue ese momento.

La voz susurrante cosquilleó en el oído de Pippa, haciéndola estremecer.

—Scott, no empieces... —trató de resistirse, pero el cálido cuerpo de Scott pegado a su espalda le hacía difícil recordar cuáles eran esos motivos tan importantes por los que no podía irse a la cama con ese hombre y acabar con aquel suplicio de una vez.

—Philippa... —Scott le apartó el pelo y la besó en la nuca. Al instante, los pezones de Pippa se erizaron y notó una súbita humedad entre las piernas.

—Scott... —Trató de mantenerse firme, pero el nombre de su torturador salió de sus labios como una súplica.

—Philippa, no puedo esperar... —Ahora era la voz masculina la que sonaba suplicante mientras sus manos se colaban por debajo de la blusa que se había puesto ese día y se apoderaban, posesivas, de ambos pechos.

Con un gemido, Pippa se dio la vuelta, le rodeó el cuello con los brazos y se pegó a él. Sus labios se adueñaron a su vez de la boca firme, y lo besó con avidez.

Scott la levantó en el aire y, sin soltarlo ni dejar de besarla, Pippa le rodeó la cintura con las piernas. De pronto, notó una superficie dura y fría contra las nalgas. Su mente, nublada por el deseo, se despejó el tiempo

suficiente para comprender que él acababa de dejarla encima de la encimera de la isla en la que acababan de cenar, y que tenía la falda enrollada alrededor de la cintura. De un tirón impaciente, Scott rasgó el delicado encaje de sus braguitas con un gruñido. Tan impaciente como él, Pippa se apresuró a desabrochar la hebilla del cinturón y los pantalones, hasta liberar su miembro palpitante. Scott era un tipo grande y, desde luego, su masculinidad estaba en concordancia con el resto de su cuerpo. No le dio tiempo a pensar en nada más, porque en ese momento, él terminó de ponerse un preservativo, la alzó levemente por las caderas y la penetró con un poderoso envite.

Un gemido de placer surgió de lo más profundo de su garganta, y Pippa echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, perdida por completo en la increíble sensación de sentir su calor abrasador en lo más profundo de su ser. Nunca había estado con otro hombre que la llenara de esa manera y, cuando Scott bajó la cabeza y empezó a morderle los pechos con suavidad, pensó que no podría soportarlo.

Contagiada por el mismo deseo que él, Pippa se aferró a sus nalgas y se movió siguiendo el ritmo febril que él marcaba, cada vez más rápido, hasta que el grito de ella y el sonoro juramento de Scott se entremezclaron con la ola de violentos estremecimientos que los sacudió a ambos.

Sin salir de su interior, Scott apoyó la frente sobre la suya y permanecieron un rato abrazados en silencio mientras sus respiraciones se iban calmando poco a poco.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —Se oyó decir Pippa, aturdida todavía por la intensa pasión que acababan de compartir.

—Ahora, sargento Bouchard, vamos a ir a mi cama y vamos a repetir la jugada con un poco más de calma.

Pippa apoyó la boca en la suya y, sonriente, susurró pegada a sus labios:

—A sus órdenes.



No sabía qué la había despertado, pero, de pronto, todos sus instintos estaban alerta. Se quedó escuchando; aparte de la respiración profunda de Scott, que dormía a su lado, no distinguió ningún sonido sospechoso. La habitación estaba en penumbra, iluminada tan solo por los rayos de la luna llena que asomaba y desaparecía según el movimiento cambiante de las nubes.

Con precaución, salió de la cama, se puso lo primero que encontró —que resultó ser la camisa de Scott, que estaba tirada en el suelo— y cogió la pistola que había dejado en la mesilla de noche después de que hicieran el amor por segunda vez, justo antes de que el sueño se apoderase de ella por completo.

Afuera era noche cerrada, pero no debía de ser muy tarde. Buscó el móvil, pero recordó que se lo había dejado en el piso de abajo, sobre la mesa del salón donde habían cenado.

Entonces oyó una vez más el ruido que la había despertado: era el inconfundible crujido de la tarima de madera de la planta baja. Notó que se le erizaban los pelos de la nuca. Sacudió a Scott con suavidad y, al instante, los ojos grises la miraron completamente alertas; por suerte, el dueño de los Ottawa Owls no era de esas personas a las que espabilarse les costaba varios minutos. Pippa se llevó un dedo a los labios y le hizo una seña para que la siguiera. Scott apartó las sábanas, se inclinó a coger sus calzoncillos y se los puso con rapidez y sin hacer ruido.

Durante su anterior visita, Pippa había clasificado varios rincones de la casa como lugares más o menos seguros en caso de sufrir un ataque, y se dirigió hacia el que quedaba más próximo: un armario disimulado en la pared del cuarto de baño, en el que se guardaban repuestos y productos de limpieza, que solo se abría tocando un punto específico.

—Espérame aquí —susurró.

—Ni hablar, yo...

Pippa le tapó la boca con la mano.

—¡Espérame aquí, no lo hagas más difícil! —ordenó con sequedad sin alzar la voz.

Scott apretó las mandíbulas, pero por una vez obedeció. Aliviada, Pippa cerró la puerta y, con las manos en torno a la P99 semiautomática, se deslizó con sigilo pegada a la pared del pasillo, sin dejar de apuntar al frente.

Al llegar al rellano de la escalera, se asomó a la barandilla con precaución. La luna había vuelto a asomar por entre las nubes y comprobó que no había nadie en el salón. Despacio, empezó a bajar los escalones, uno a uno y, justo cuando llegó al final, percibió por el rabillo del ojo un movimiento a su derecha.

En ese momento, un hombre salió de uno de los dormitorios de invitados y, por unos segundos, se quedó parado al verla.

—¡Alto! —Su orden se confundió con el sonido característico que hacía

una pistola con silenciador al ser disparada varias veces. Instintivamente, Pippa se arrojó al suelo y rodó por el suelo sin dejar de disparar. Un aullido de dolor le hizo saber que había dado en el blanco.

A toda prisa, se puso en pie y, sin dejar de apuntarlo con la pistola, se acercó a donde el intruso yacía retorciéndose de dolor, mientras la sangre brotaba de un agujero en su pierna. El zumbido insistente de su móvil llegó a sus oídos, pero fue otro ruido a su espalda lo que la hizo arrojar al suelo sin pensar. Una bala pasó tan cerca de su mejilla, que pudo notar el aire que levantaba. Siguiendo su instinto una vez más, rodó varias veces, hasta quedar oculta detrás de uno de los sofás del salón.

Con el corazón latiéndole a un ritmo frenético, aguzó el oído tratando de distinguir el menor sonido. Le pareció escuchar el leve crujido de la madera unos metros a su izquierda. Con rapidez, se asomó por encima del respaldo, efectuó dos disparos al azar y volvió a parapetarse tras él a toda velocidad. Sin embargo, en esta ocasión no tuvo suerte; en vez de un grito de dolor, su oponente le devolvió los disparos y varias balas se incrustaron en el relleno del sofá. Jadeante, Pippa agradeció a los cielos que los muebles de la casa de Scott fueran de buena calidad. Los escalofriantes gritos del herido habían cesado, y ya solo se oían gemidos ahogados. Por lo menos, se dijo tratando de mostrarse optimista, parecía que solo tendría de deshacerse de un sicario más.

—Bueno, Pippa, a la de una, a la de dos...

Antes de acabar la cuenta atrás, se incorporó de nuevo y disparó. La pistola se encasquilló después del primer disparo, y acertó a distinguir la sonrisa malvada que esbozó su atacante al apuntarla con su arma. Se quedó paralizada, ya casi podía sentir el ardor de la bala atravesando su carne, cuando, de pronto, el tipo se desplomó como un saco de piedras entre el estruendo de la porcelana rota. Aturdida aún por lo cerca que había estado esta vez, Pippa levantó la vista hacia la barandilla de la escalera y vio a Scott con una sonrisa satisfecha en los labios.

—Aunque soy dueño de un equipo de baloncesto, siempre se me ha dado mejor el béisbol. —En ese momento se oyó en la lejanía el eco de las sirenas que se acercaban y Scott añadió—: Tus colegas están de camino.

Pippa movió la cabeza, intentando despejarse, y se agachó a recoger el arma de su atacante, que seguía inconsciente. Con las piernas temblorosas, caminó hasta donde estaba Scott, que había terminado de bajar la escalera, y se detuvo a menos de medio metro de él.

—Te ordené que no te movieras —dijo con voz ronca.



—Y yo te dije que no me gusta que me den órdenes.

Pippa nunca supo quién se acercó a quién, pero, un segundo después, estaban uno en brazos del otro y se besaban como si no fuera a haber un mañana.

## EPÍLOGO

La sala del juzgado enmudeció cuando hizo su entrada el juez Malcom, listo para dictar sentencia. Pippa se fijó en el rostro frío e imperturbable del hombre sentado en el banquillo de los acusados. Era Fedor Petrov, el contable y subteniente de Proshiev, el hombre que manejaba el dinero, lo movía por las distintas plataformas de juego online del mundo, lo blanqueaba y lo invertía. Lo habían cazado a él y a otros tres hombres de la banda justo antes de que huyeran del país, al igual que había hecho su jefe un día antes. Proshiev se les había escurrido como una anguila, aunque confiaban en que tarde o temprano, terminara cayendo. Habían emitido una orden de busca y captura a través de la Interpol, y su vida, a partir de entonces, sería la de un fugitivo permanente.

—Le condeno a doce años de prisión por el delito de blanqueo de capitales y a seis años por evasión de impuestos, además...

«Con eso me basta», se dijo Pippa, que se levantó y abandonó la sala en el momento en que el juez golpeó el mazo contra la superficie de madera. Se acabó. Caso cerrado.

Al salir del edificio, rodeó la barrera de periodistas y cámaras de televisión que se abalanzaron sobre el fiscal para conseguir declaraciones. La implicación de tres presidentes de clubs de baloncesto en el amaño de partidos de la liga había suscitado mucho interés por parte de los medios. Daniel Orson había salido bastante bien parado gracias a su trato con la fiscalía, pero los otros dos no pudieron librarse de pasar por el banquillo de los acusados ni de las penas de cárcel que les cayeron.

El móvil vibró en su cazadora de cuero rojo. Era Petersen. Contestó:

—Bouchard.

—Han detenido a Mirka en Surrey, en la frontera con Estados Unidos.

Pippa se detuvo en mitad de la calle, con el corazón a cien. Las piernas le temblaron y tuvo que apoyarse en la pared del edificio y respirar fuerte. ¡Por fin! Que Proshiev se les hubiera escapado fue una decepción asumible, los tentáculos de la mafia rusa llegaban a instancias insospechadas incluso allí, en Canadá; pero que Mirka se hubiera desvanecido como el humo la noche del tiroteo y no hubieran podido encontrarla, era como una estaca clavada en el mismísimo epicentro de su orgullo policial. Llevaba ocho meses obsesionada con esa mujer que había traicionado a sus propios compañeros, al cuerpo de la

policía montada, a su país. Se prometió no parar hasta pillarla, costara lo que costara. Aunque le llevara el resto de su vida, Mirka Beloved —o Mirka Belov, que era el apellido original de su familia cuando llegó a Canadá con apenas diez años— pagaría por sus delitos.

—¿Se lo has dicho a Stevens?

—Sí, ha sido el primero en saberlo. Se lo debía, sargento —se disculpó Petersen, pero a ella no le importó. Sabía que durante todo ese tiempo, su compañero se había culpado a sí mismo por no haber descubierto a tiempo que Mirka era el topo, lo que habría evitado que Stevens resultara herido.

—Por supuesto que sí. No tienes que darme ninguna explicación.

—Entonces, ¿quedamos esta tarde para celebrarlo con los chicos?

—¿Esta tarde? Imposible. Juegan los Owls y le prometí a Scott que, esta vez, iría a verlos al estadio. Va a ser mi primer partido de baloncesto. Me ha dicho que me ha preparado una camiseta con mi nombre estampado en ella.

Pippa oyó una sonora carcajada al otro lado del móvil.

—Creí que no te gustaba el baloncesto.

—¿Y quién ha dicho que me guste ver a una decena de tíos sudorosos corriendo en calzones sin dejar de botar un balón de un lado a otro de la pista? ¿Crees que quedaría muy mal si me llamas quince minutos después de que comience el partido con una emergencia casi de carácter nacional?

—¡Ah, no! No me puedes pedir eso. Si lo hago, Truman me quitará mi pase anual al palco de los Owls y, como comprenderás, no estoy dispuesto a renunciar a eso, ahora que he entrado a formar parte de sus invitados VIP.

—Traidor —masculló.

—Anímate, sarge. Sé de muchos y muchas que harían lo que fuera por ocupar tu lugar. Y Truman es un buen tipo, a fin de cuentas. Sé buena, trátalo bien.

—De acuerdo... Entonces, me llevaré las esposas, por si acaso la cosa termina...

Petersen le cortó en seco.

—No hace falta que me des detalles, sargento. Puedo imaginarme un par de cosas que puedes hacer con unas esposas.

Esta vez fue Pippa quien se rio con una gran carcajada.

≡ ≡ ≡

—¡Vamos, lanza ya! —Scott se puso en pie, incapaz de aguantar la

tensión. Los Owls iban seis puntos arriba en el marcador, una distancia demasiado pequeña para los cinco minutos de partido que quedaban por delante. El jugador lanzó y el balón se coló limpio en el aro—. ¡Triple!

Se volvió hacia Pippa con una enorme sonrisa de satisfacción pintada en el rostro y le dio un beso rápido en los labios.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Mucho. ¡Y ese tío es increíble! —dijo ella, que no podía apartar los ojos de la cancha y del ritmo frenético del partido, mucho más emocionante de lo que ella se imaginaba.

—Es Matt Storm, todo un fichaje. Ese chico va a hacer historia en el baloncesto de este país, ya lo verás.

—Se mueve muy rápido para lo alto que es; parece como si estuviera en todas partes —corroboró Greg, entusiasmado.

Alice y ella intercambiaron un gesto divertido de complicidad: nunca habían visto a Greg tan excitado ante un partido de baloncesto.

—Eso es lo que lo hace decisivo: es ágil, rápido e intuitivo —afirmó Scott—. A veces pienso si tendrá una conexión mental con Bruce Ross, el capitán. Juegan perfectamente coordinados.

—¡Exacto! —exclamó Greg—. Bruce es un gran estratega, posee una visión completa del juego mientras que Storm es como su brazo ejecutor, su espadachín, su...

—Greg, cariño... lo hemos entendido perfectamente —le dijo Alice con voz calmada.

Scott le dio una palmada en el hombro y le animó a que cogiera una cerveza de la bandeja que les ofrecía el camarero.

—A tu salud, Truman. No sé cómo agradecerte esta tarde memorable en el estadio de los Owls.

—No es a mí a quien tienes que agradecérmelo, sino a Phillippa —respondió él, dirigiéndole una mirada de hombre rendidamente enamorado—. Ha sido ella quien me dijo que eras un ferviente seguidor de los Owls y del baloncesto, y los amigos de Pippa, son mis amigos, ya sabéis. Tenéis la puerta abierta de este estadio siempre que queráis.

—Oooh, ¿no es un amor de hombre, Pippa? —suspiró Alice, rendida al encanto de Scott—. Y es tan guapo y tan estupendo y tan perfecto... Y está tan enamorado... ¡Solo hay que verlo! No me extraña que estés loca por él.

—Sí, es estupendo, pero no es perfecto, Alice. Nadie lo es.

—¡Ya salió la romántica que hay en ti! —le reprendió su amiga,

escandalizada, sin levantar la voz—. ¿Me vas a decir que ese hombre... —y de un vistazo, recorrió de arriba abajo la figura apolínea de Scott— que ese hombre no es maravilloso? ¡Phillippa Bouchard! Dado que soy la única amiga que de verdad vela por ti y tus intereses en esta ciudad, déjame decirte que, si dejas escapar a este tipo, estaré sin hablarte mucho mucho, pero que mucho tiempo.

Pippa no pudo sino reírse con la encendida defensa que había hecho su amiga de un hombre al que apenas conocía.

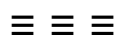
—De acuerdo, Alice. Me lo quedaré para mí, si es lo que quieres.

—Más te vale, amiga, o le diré a Olof que mueva sus hilos en la policía para enviarte al departamento de «apestados». Y prométeme que le dirás a todo que sí.

—¡Ni hablar!

—Te lo digo por tu bien; llevas demasiado tiempo bloqueada en el no. Esta noche, di a todo que sí.

Las tonterías de Alice podían llegar a ser mayúsculas y ridículas.



El partido finalizó con una merecida victoria para los Ottawa Owls que Scott celebró con alegría comedida por respeto a la directiva del equipo contrario, sentados unos asientos más allá.

—Enhorabuena, Truman —dijo el presidente de los Chicago Bulls, estrechándole la mano para despedirse—. Tu equipo ha hecho un buen partido.

—Tus chicos han peleado hasta el final, Travis, y eso, el público lo agradece.

—Cierto. Nos vemos en el partido de vuelta y espero que os lo pongamos más difícil.

Mientras Scott se dedicaba a intercambiar unas palabras con los invitados al palco antes de despedirlos, Pippa acompañó a la salida a Alice y Greg —a quien no se le veía muy contento por tener que marcharse tan pronto, sin siquiera haber visto a un jugador de cerca—.

—Nos encantaría quedarnos un rato más, Pippa —se disculpó Alice—, pero es la primera vez que dejamos a la niña con la canguro y...

—No os preocupéis, tendremos ocasiones de quedar más veces.

Tras despedirse de ellos, se dirigió al bar abierto en un extremo de la

sala. Al parecer, era la única persona dispuesta a aprovechar la barra libre que ofrecía el club a sus invitados VIP. Le pidió una cerveza bien fría al camarero y bebió un buen trago. Desde allí observó la habilidad con la que Scott se desenvolvía en ese ambiente de poder, influencias y dinero que, nunca se había engañado a sí misma, era al que pertenecía. Se había enamorado del tipo de hombre con el que jamás se hubiera imaginado. Notó los ojos grises fijos en ella desde la otra punta de la sala. Pippa alzó la copa hacia él con expresión provocadora y Scott esbozó una sonrisa maliciosa. No tardó nada en despedirse del último grupo que quedaba y vino hacia ella con el aplomo de un león en busca de su recompensa. Pippa lo observó con lascivia: estaba para comérselo con esos vaqueros y el jersey negro que marcaba sus anchos hombros y el contorno bien definido de su torso.

—Más de uno habría dado lo que fuera por saber quién es esa rubia tan atractiva que me llama desde la barra del bar —le dijo mientras le hacía un gesto al camarero para que le sirviera una copa de vino y se sentaba en el taburete más cercano a ella, colocándola entre sus piernas.

—Estoy segura de que no han preguntado por discreción: creo que has venido con más de una rubia a este palco.

—No desde que te conozco. De hecho, ya estaban extrañados de verme aquí domingo tras domingo, siempre solo y triste porque mi «sargento» odia el baloncesto —dijo él, con tono burlón.

—No odio el baloncesto. Simplemente, no me interesaba demasiado el mundo deportivo. Pero sí me interesas tú, así que...

—Así que... aquí estamos, solos tú y yo, en mi territorio —concluyó él, deslizando la mano por su muslo en una suave caricia.

Pippa soltó una carcajada por la forma posesiva en que había dicho «mi territorio», como si por fin la tuviera justo donde él quería.

—Siempre tan directo, Truman.

Scott se puso en pie y la rodeó por la cintura, antes de acercar despacio sus labios a los de ella para darle un beso largo y suave. Pippa gimió de deseo y entremetió los dedos en el cabello fuerte y espeso de él. Ese hombre era capaz de encenderla con un simple beso. Los ojos grises brillaban con tanto deseo como los suyos cuando se apartó y le dijo con voz contenida, sin dejar de mirarla a los ojos:

—¿Para qué ir con rodeos, Phillipa? Creo que ya hemos recorrido un buen trecho juntos, el suficiente como para saber que te quiero. Tú eres la mujer que he estado buscando sin saberlo toda mi vida. Ahora ya no sabría

vivir sin ti.

—Creo que no estás muy familiarizado con la vida de un agente de policía.

—Precisamente de eso quería...

—Si me vas a pedir que deje el cuerpo para trabajar en la seguridad de alguna de tus empresas, ahórratelo.

—No iba a decir eso. Sé lo que te gusta tu trabajo, pero ya que lo mencionas...

—Scott.

—Phillippa, ¿cómo podré levantarme cada mañana sabiendo que vas a estar en peligro, que puede que reciba una llamada diciéndome que estás malherida o muerta?

—Eso no va a pasar. Sé cuidar de mí misma. Además, no suelo hacer trabajo de calle, sino de investigación. Créeme, si veo que llega el momento de dejarlo, no lo dudaré ni un segundo, pero seré yo quien lo decida, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Scott carraspeó mientras hurgaba en el bolsillo de su pantalón. Extrajo una pequeña caja de terciopelo negro que abrió ante los ojos sorprendido de Pippa—: Entonces, sargento Bouchard, ¿estaría dispuesta a casarse conmigo?

Miró el precioso anillo, con una hilera de pequeños diamantes encastrados, y los discretos pendientes a juego, y luego lo miró a él, que la observaba con la expresión expectante de quien no está muy seguro de su jugada.

—Pe... pero... ¿casarnos?

—Eso he dicho. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, Pippa.

—Ay, dios mío. —De repente, resonó en su cabeza la voz de Alice advirtiéndola de que dijera que sí a todo. Cerró la cajita de golpe y mirándolo fijamente, le dijo—: Por favor, dime que esto no se lo has contado a Alice.

—¿Por qué demonios tendría que habérselo contado a Alice?

Pippa soltó una risa nerviosa mientras sacaba con cuidado el anillo de la cajita y se lo probaba en el dedo anular. Le quedaba perfecto.

—Dios mío. ¿Cómo voy a ir con esto a trabajar? ¡Los narcotraficantes no me tomarían en serio!

Scott se rio de la ocurrencia.

—El día que toque narcotraficantes, te quedas en casa y listo.

—Ja-ja.

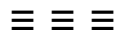
—Aún no me has respondido.

Ella lo contempló unos segundos, emocionada. ¿Cómo decirle que no a ese hombre que, aunque no fuera perfecto, se acercaba bastante a la perfección?

—Sí, Scott Truman. —Pippa le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí—. Me casaré contigo, pero ya puedes tener cuidado: siempre llevo pistola y varios juegos de esposas encima.

Él le dedicó una sonrisa deslumbrante.

—Creo que podré lidiar con eso.



—¡Señor Truman! ¡Disculpe, señor Truman! —Scott y Pippa se separaron con rapidez.

En el vestíbulo del estadio ya apenas quedaba nadie más que algún rezagado y un par de cámaras de televisión que esperaban la salida de los jugadores. Scott vio a una chica joven con cara de niña subida a unos tacones altísimos que corría con torpeza hacia ellos con un gran micrófono en la mano.

—¿Me podría responder a un par de preguntas? Soy Marie Lovefield, para la NBC.

—Lo siento, señorita, pero tendrá que gestionarlo a través de mi jefe de prensa —le cortó Scott, que enlazó su brazo en el de Pippa y continuó el camino hacia la salida.

La chica los persiguió con un taconeo nervioso.

—Por favor, serán solo un par de preguntas para el programa de Triples canastas. Seré rápida, se lo prometo. Por favor, señor Truman —suplicó.

—En otro momento, de verdad —dijo él sin volverse siquiera—. Ahora tenemos un poco de prisa.

Pippa lo miró, suplicante. Le daba pena la chica.

—¡Eh, Truman! —Esta vez, Scott sí se detuvo. Conocía esa voz. Se giró para ver a Matt Storm venir hacia ellos con grandes zancadas. Señaló a la joven periodista con un gesto y dijo—: Es Marie, una amiga de la familia. Me harías un gran favor si pudieras contestar a sus preguntas...

—¡Eh! ¿Se puede saber quién te ha pedido ayuda, Matt Storm? ¡Yo puedo hacer sola mi trabajo! —exclamó la chica indignada, dándole la espalda para dirigirse a Scott en tono muy digno—. No se preocupe, señor Truman. Solicitaré la entrevista a su jefe de prensa.



—Hágalo señorita...

—Lovefield. Marie Lovefield para el programa Triples canastas.

—Marie Lovefield. De acuerdo. Será un placer responder sus preguntas en un lugar más tranquilo.

Storm se alejó dos pasos con un bufido, algo que hizo sonreír a Scott y Pippa a la vez.

—Muchas gracias, señor Truman. —respondió ella, y según se alejaba, la oyeron mascullar—: ¡Aléjate de mí, Matt Storm! ¡No necesito la sombra de mi hermano sobre mi cabeza!

—¡Vaya carácter! —comentó Pippa mientras observaban cómo la chica se tambaleaba sobre unos tacones que le quedaban dos tallas grandes, por lo menos, perseguida por Matt—. Mmm... ¿Storm contra Lovefield? Se admiten apuestas.

Scott rio. La acercó a él y buscó sus labios.

El beso se prolongó un buen rato.

—Recuérdame que lo invitemos un día de estos. Le daré unas clases. Te aseguro que en esto, soy todo un experto —murmuró Scott junto a su oído.

Pippa se apretó aún más contra él.

—¿Y en qué más eres un experto?

Su respuesta la dejó sin aliento.

# OTRAS NOVELAS DE LOLA COOPER

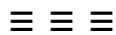
## Serie «Estrellas del basket»

### **Cómo tocar a una estrella (#1)**

Bruce Ross, capitán del equipo de baloncesto Ottawa Owls, se teme lo peor; apenas puede mover el hombro sin sentir un dolor intenso. Es la peor de las noticias justo en la mitad de una temporada en la que se juega su futuro profesional. Su vida personal también es un desastre; las continuas apariciones de su exnovia en las televisiones, inventando todo tipo de historias escabrosas sobre su relación, están afectando a su imagen. No, la verdad es que no está en su mejor momento. Por suerte, Samantha Riley, una de las mejores fisioterapeutas de Ottawa, tiene una paciencia infinita para aguantar al malhumorado, engreído y carismático capitán. Cuando Sam le pide ayuda para entrenar a un grupo de niños de la organización benéfica con la que ella colabora, él se niega en redondo; la paciencia no es su mayor virtud y aun así... ¿podrá convencerlo Samantha de que la vida es algo más que jugar al baloncesto?

[Cómprala en Amazon.](#)

(Gratis en Kindle Unlimited)..



## Serie «Amigas en Nueva York»

Las tres novelas son autoconclusivas y se pueden leer de manera independiente.

### **Solo tú me importas (Amigas en Nueva York #1)**

Hoy en día, cualquiera puede convertirse en una estrella de la televisión de la noche a la mañana. Al menos, eso es lo que piensa Jack Woodson, un joven productor de Nueva York, cuando se apuesta con sus dos mejores amigos a que es capaz de transformar a Stella Martin, la pequeña camarera a la que su jefe acaba de despedir delante de sus narices, en una de ellas.

Para conseguirlo, contratará a Stella como asistente de producción y ocultará su plan a los ojos de espías, competidores y novias celosas que acechan por los pasillos de la cadena de televisión y amenazan con hundir su proyecto.

Jack no tardará en darse cuenta de que su pequeña camarera brilla con luz propia ante las cámaras, pero... ¿qué ocurre cuando tu propia estrella no desea convertirse en una estrella?

[Cómprala en Amazon.](#)

(Gratis en Kindle Unlimited).



### **Solo tú me provocas (Amigas en Nueva York #2)**

¿Qué haces si la mañana siguiente a la boda de tu mejor amiga te despiertas con un resacón increíble al lado de un tipo que no soportas?

- 1) Le echas la culpa de todo. (Aunque no recuerdes qué fue «todo»).
- 2) Acuerdas con él que aquí no ha pasado nada.
- 3) Sales huyendo de puntillas.
- 4) Todo a la vez.

Una noche loca y, de pronto, la vida de Kim Donson se pone patas arriba por culpa de Fred Patterson, el hábil e inteligente abogado cuya mirada de desprecio era capaz de provocarle un intenso sarpullido. Por eso, Kim no está dispuesta a dejar que él tome las riendas de su vida. Por eso, huye y se esconde donde piensa que jamás la encontrará.

[Cómprala en Amazon.](#)

(Gratis en Kindle Unlimited).



### **Solo tú me besas (Amigas en Nueva York #3)**

A Hannah no le gustan los gatos. Ni su casero. Ni los ruidos de las obras del piso de arriba. Tampoco le gusta ese tipo, Steve, el encargado de la obra que no hace más que interrumpirla a todas horas, aunque no tiene más remedio que reconocer que es guapísimo.

Steve es un hombre sencillo con una vida normal. Entonces, ¿por qué le gusta tanto esa extraña pelirroja, enganchada a los videojuegos, a la comida basura, adicta a hackear páginas web y a meterse en los ordenadores y las vidas ajenas?

[Cómprala en Amazon.](#)

(Gratis en Kindle Unlimited).

## Sobre Lola Cooper

Lola Cooper es del sur de España, pero vive en los alrededores de Ottawa (Canadá) donde se trasladó a vivir cuando encontró al hombre de su vida.

Le encanta dar grandes paseos junto al lago con su perro Titán y reírse con los personajes de sus novelas. Escribe al atardecer sobre una antigua mesa de madera mientras su gatita Fressia dormita sobre sus piernas.

Es adicta al café, al té, a las gafas de sol y a los post-it pegados por cualquier sitio para no olvidar las ideas que se le ocurren en cualquier momento.

Puedes encontrarla en **Facebook**: [Lola Cooper](#)

O contactarla por email: [lolacooperescribe@gmail.com](mailto:lolacooperescribe@gmail.com)